

INDICE

- **AVENTUREROS DE TODAS LAS NOCHES**
 - **LA CONFIDENCIA**
 - **ELLA Y ELLOS**
 - **VENGANZA POLITICA**
 - **EL GORDO Y EL FLACO**
 - **CHICHIPIA**
 - **SILVANA Y SU POETA**
 - **ODIO**
 - **DEUDAS**
-

AVENTUREROS DE TODAS LAS NOCHES

*"La opresión de los padres,
más dolorosa que un sablazo"...*

PROVERBIO ARABE

En aquel tiempo, Alvaro Yunque, tenía veintitantos años. Ha transcurrido más de medio siglo desde entonces. Ahora, al escribir este cuento, me está permitido, pues, hablar de Yunque, de Alvaro Yunque, en tercera persona. Al fin, medio siglo o más, convierte a cualquier hombre en otro hombre.

Esa noche, 18 de junio, una noche invernal, con viento y llovizna a ratos, Yunque llega a su casa de la calle Estados Unidos. Está

ansiendo verse hundido entre sábanas y colchas. Empero, el destino - ¿bueno, malo? Nunca se sabe cuando el destino es malo o es bueno - ha dispuesto que le suceda una singular aventura. Yunque es distraído, lo sigue siendo. Busca la llave de la puerta de su casa y no la encuentra en sus bolsillos.

Ha cambiado el pantalón - este es el inconveniente de tener dos pantalones - y la llave ha quedado en el otro. ¿Qué hacer? Son las tres de la mañana y es invierno. En su casa, seguramente, están todos dormidos. ¿Qué hacer?

Recuerda "Il Bon Vin Tintillo", una cantina que está en las calles Sarandí e Independencia y con ese título entre italiano y porteño proclama la excelencia de su bebida báquica. Iré al "Bon Vin" - se dice. Esperaré allá a que sean las seis o siete y abran la puerta de casa. En el "Bon Vin" siempre hay con quien echar un párrafo entretenido. Se dirige a la cantina. La encuentra cerrada. Seguramente el frío, el viento y la llovizna han asustado a la habitual parroquia. Piensa en Dante A. Linyera - el vate lunfardo que vive en la calle Cochabamba. La puerta de éste no se cierra nunca con llave. Basta un empujón y da paso. "Iré a charlar con el pintoresco Dante - se dice Yunque - él no acostumbra a dormirse antes de las ocho o nueve de la mañana". Se dirige, esquivando charcos en las veredas rotas, por la calle Sarandí, rumbo al sur. Ya no llovizna. El viento ha amainado. Antes de llegar a la calle Humberto I, una cortada, ve un pequeño bulto arrimado a la pared. El pequeño bulto llora. Se le acerca. Es una chica, la habla:

- ¿Qué hacés aquí a esta hora, y llorando?...

- Mi papá - solloza - mi papá me echó de casa.

Yunque piensa nuevamente. ¿Qué hacer? Porque algo hay que hacer. Cómo dejar a esta chica de doce o trece años, aquí, en la calle, con este frío. Resuelve: la llevaré conmigo a lo de Dante Linyera:

- Vení. Te llevaré a una casa donde pasar la noche. Te haré dar una leche caliente. Después veremos.

No bien ha pronunciado estas palabras, oye detrás de él:

- ¡Arriba las manos!

Y siente un frío en la nuca. Es el caño de un revólver; ¡qué broma! Levanta las manos. Siente que le revisan los bolsillos del sobretodo, del saco, de los pantalones.

Una voz juvenil exclama:

- ¡Chau! Este anda más seco que nosotros.

- ¿No tiene armas? - pregunta otra voz juvenil.

- Ni armas ni billetera - contesta el otro, y ordena: ¡Bajá las

manos!

Yunque, en verdad, no las tiene todas consigo, pero ya más sereno, da vuelta y, a la luz de un farol lejano, ve que sus asaltantes son dos jóvenes, muy jóvenes, no más de dieciséis o diecisiete años. Les dice:

- A mal puerto han venido por leña, muchachos. ¿Cómo se les ocurre asaltar a un poeta?

- ¡Ah! ¿Usted es poeta? - dice el mayor de ellos - ¿Cómo se llama?

- Alvaro Yunque.

-¿Usted es el autor de un libro? A ver, olvidé el nombre.

El otro muchacho se lo da:

- "Versos de la calle"

- Sí, "Versos de la calle". Yo también soy poeta.

- Tanto gusto en conocerlo.

- Soy admirador de usted.

- Me alegro de ello.

- ¿Usted no ha colaborado en "La Pampa Argentina"?

- A veces.

- Yo también colaboro en esa revista. ¿No recuerda haber leído algo de Bonifacio Boni?

Yunque no recuerda, pero exclama:

-¡Cómo no!

El muchacho sonrío, satisfecho. Y explica:

- Bonifacio Boni soy yo. Y éste - por el otro - es Casildo Luces. El también ha leído sus "Versos de la Calle".

- ¿Y esta chica? - pregunta Yunque.

- Esta es la carnada que tenemos para pescar otarios.

- ¿Como yo?

- Sí - responde Bonifacio, francamente -.

- Ella llora, el turro se acerca a consolarla, nosotros aparecemos de atrás, ¡y venga la plata! ¿Pero qué hace usted a esta hora, por estas calles, con este frío?

Yunque repara que el ladronzuelo ya no lo tutea. Responde:

- Te diré lo que pasa: Olvidé la llave de la puerta de calle, iba a hacer la noche hasta amanecer en lo de Dante Linyera...

- ¡Ah, lo conocemos! - exclama uno - ¡Es un poetazo!

- ¡Un poetazo! - ecoa el otro.

Yunque continúa:

- Ahora veo que también he olvidado la cartera. Si ustedes no la han encontrado en mi bolsillo, menos la encontraré yo, me parece.

- Délo por seguro. ¿Qué opina si en vez de ir a lo de Dante, se

viene a pasar lo que alta de la noche con nosotros?

- Acepto la invitación.

- Vivimos aquí cerca. Tomaremos un vino caliente, recitaremos poesías de Almafuerde, de Carriego, de Maturana...

- Y de Guiraldo - agrega Casildo.

- ¿Son anarquistas ustedes?

- No lo vamos a negar. ¡Somos! - responde Bonifacio.

- ¡Somos! - afirma rotundamente orgulloso Casildo - ¿Vamos?

- ¡Vamos!

Comienza a andar; la chica, adelante. Bonifacio ordena:

- Corré Mariposa, decile a Misia Celeste que prepare mate y vino, que vamos con un poeta...

- ¡Un gran poeta! - corrige Casildo.

La chica echa a correr por la calle Humberto I.

- ¿Y esa chica? - pregunta Yunque.

- Es un varón - responde Bonifacio - lo vestimos de chica para que inspire más confianza. Le decimos "Mariposa", pero se llama Alex Peralta Barrios. La abuela es Misia Celeste, es quien nos hace el puchero y nos lava la ropa.

- Es como si fuese nuestra madre.

- ¿Son huérfanos ustedes?

- No, pero como si lo fuésemos. Ya le vamos a contar nuestras vidas. Quizás con ellas usted haga un cuento.

- Como los de "Barcos de Papel" - agrega Casildo.

Yunque lo mira, un poco asombrado.

- Ha leído, parece.

- Casildo - explica Bonifacio - es una biblioteca ambulante. Le viene de familia. ¿Ha oído hablar de Andrés Cepeda?

- ¡Cómo no! Sí, lo he conocido. Hasta sé una décima suya de memoria - y la recita -: -"Tiene muy lindos colores/ la mariposa liviana/ mil encantos la mañana/ tiene la estrella fulgores/ perfume tienen las flores/ misterio la fuente pura/ el campo tiene frescura/ el viento canciones suaves/ gorjeos tienen las aves/ ¡Sólo yo tengo amargura!".

- ¡Fenómena!

- ¡Bárbara!

Gritan entusiasmados.

Yunque continúa:

- Hubo un tiempo que yo tenía un libro de él, "Gorjeos". Lo presté...

- ¿Y no lo vio más?

- Así es.

- No se puede prestar libros - sentencia Bonifacio.

- Yo no presto más. Estoy cansado de que no me los devuelvan -
epiloga Casildo.

- Cepeda...

- ¿Qué?

- ¿Vivía como ustedes un poco fuera de la ley?

- Dígalo sin vueltas, sí, era igual que nosotros, ladrón. Cepeda era tío abuelo de éste - por Casildo - Este hereda de él su afición a los versos. Ya empezó a escribir. Decile alguno, Casildo.

- No, me da vergüenza. El señor es un literato que publica libros.

- ¡Siempre el mismo, che! Esconde sus versos, no los quiere mostrar ni decir.

- Pudor de artista.

- Usted disculpe - dice Bonifacio y saca su pañuelo - vivimos en la calle Rincón, ahí está el aguantadero donde nos refugiamos. Supondrá que se lo ocultamos a todos. Usted disculpe...

- ¿Qué? - protesta Casildo - ¿le vas a vendar los ojos? ¡No! El autor de "Jauja", agrega, exhibiendo erudición - no puede ser un traidor, che, no va a delatarnos.

- No era desconfianza - se justifica Bonifacio - sólo prudencia.

Aquí es, entremos.

Casa vieja, de aspecto pobre. El comedor iluminado. Los recibe una morena gorda, muy sonriente:

- Tanto gusto, señor - y le da la mano.

- Misia Celeste, el señor es poeta de los que publican libros.

Caliente unos vasos de los que usted sabe y bebe unos amargos - ordena Casildo -. Luego, volviéndose a Yunque, le explica: - El que usted sabe es un vino especial que nos dio un cantinero amigo en pago de una gauchada.

- ¿Quiere mate o vino caliente?

- Prefiero vino. Mate tomo sólo a la mañana. Una media docena de cimarrones.

Mariposa se duerme en un sofá.

- Así que ustedes no son huérfanos, pero viven como huérfanos.

- Somos huérfanos de nacimiento - explica Bonifacio -. El padre de éste - por Casildo - una fiera. ¡Viese lo que hacía! Por cualquier pavada, cosa de chicos, una paliza; pero no se la daba en el momento. Se la anunciaba para el día siguiente. Lo dejaba toda una noche pensando en la paliza.

- ¿Y se la daba?

- ¡Ya lo creo que me la daba! - interviene Casildo - ¡Y qué paliza! Por fin, me disparé de casa, fui a parar a un reformatorio, también me disparé, por suerte una noche lo encontré a Bonifacio, y aquí me tiene.

- Yo también me fugué de casa - explica Bonifacio - mi padre y mi madre se emborrachaban, ¡las peleas que he visto! Se tiraban con todo. Al fin yo pagaba el pato. Cachetada de aquí y puntapié de allá, ¿qué le parece? Un día no aguanté más. Los dejé que se mataran ellos solos. Y me vine con Misia Celeste. Un amigo me enseñó a robar. Robé con él un tiempo. Después, solo. Ahora, con Casildo y Mariposa. Es un oficio como otro cualquiera. Usted dirá robar no es un oficio. Pero ¿Quién se ocupó de enseñarme un oficio? Fui a la escuela hasta tercer grado.

- Yo hasta quinto - agrega Casildo, bastante orgullosamente.

- ¿Y les da este oficio que no es oficio?

- No todas las noches encontramos secos como usted. Hace tres noches asaltamos una pareja que se estaban besando en un automóvil. Nos llenamos de papeles de cien.

- ¿Y no se les resiste algún asaltado?

- Si grita, mire éste - Casildo enarbola un talero -. Es de algarrobo, basta un golpe.

- ¡Y chau, hombre al suelo! - agrega Bonifacio.

Entra Misia Celeste:

- Aquí está el mate y el vino.

Yunque prueba el vino:

- ¿Qué le parece?

- ¡Muy bueno!

- Se portó el gringo de la cantina. También, ¡qué gauchada! ¿Le cuento? - pregunta Bonifacio a Casildo. Este se niega:

- No, no cuentes. Uno alguna vez hace algo feo, es mejor olvidarlo. ¿Qué dice usted?

- Tiene razón, colega, olvide o trate de olvidar - responde Yunque.

- Olvidar lo malo también es tener memoria - recita el otro. Misia Celeste sonríe. ¡Las cosas que sabe Misia Celeste de sus muchachos! Sonríe y ceba mate. Interviene:

- Bonifacio, para que el señor vea que ustedes no son tan pícaros como puede ir suponiendo, contale lo del doctor Raffo.

- ¿Qué Raffo, Alfredo Raffo?

- Sí, señor.

- ¿Del Hospital Ramos Mejía?

- El mismo, sí señor.

- ¡Gran amigo mío, pues!

- ¡Y gran persona! Contale, Bonifacio.

- Bueno, le contaré: Una noche a mi madre le dio no se qué dolor. Llamamos al hospital. Apareció ese doctor Raffo. Muy

amable. La atendió. Mi padre no estaba. Recetó. Me quedé mirando la receta. En casa no había un peso. El se dio cuenta. Me dijo: "Vení". Los dos fuimos a la farmacia, compró los remedios y se fue. Pero apareció al otro día y otras dos veces. Yo le dije: "Doctor, nosotros no le vamos a poder pagar". "¿Y quién habla aquí de querer cobrar?", me respondió. En fin, la sacó del mal trance a mi madre. Mi padre, se lo diré, es un descuidista.

- ¿Qué es eso?

- Roba en los tranvías y en los ómnibus. Yo lo ayudaba y yo entonces no tendría ni once años siquiera. Ya lo ve, ahora voy a cumplir dieciocho. Soy veterano en el oficio. Sigo con mi historia: Una mañana, en un tranvía, mi padre le afaná el reloj a uno que estaba en la plataforma. En casa lo vimos. Era un reloj de oro con una dedicatoria. Decía: "Al abnegado y querido doctor Alfredo Raffo, el agradecimiento de J. J.". Quedé frío. ¿Cómo, yo había ayudado a robarle el reloj a aquel médico tan generoso? Le robé el reloj a mi padre, ¡la bronca que armó! ¡Le echó la culpa a mi madre! Fue un barullo tal que intervino la policía. Yo le llevé el reloj al doctor Raffo. Fui a su consultorio que estaba en la esquina de las calles San Juan y Jujuy. Le dije: "Doctor, ¿a usted le robaron un reloj en el tranvía?". Sí - me contestó - y lo siento mucho. Es el recuerdo de un amigo al que estimaba de verdad. Aquí lo tiene, le dije yo. Y salí disparando, sin hacer caso a sus gritos que me llamaban.

- Una buena acción - comenta Yunque.

- Ya ve - agrega Misia Celeste - mis muchachos tienen sus cosas malas... y buenas. ¿Qué hacerle? Hay que comer, ¿verdad? ¿Qué dice usted, doctor?

- No es doctor - interviene Casildo - es poeta. Y ser poeta es más que ser doctor.

Yunque sonríe y cambia de tema:

- ¿Nunca han caído presos ustedes?

- Alguna vez... Casildo... Yo, nunca todavía.

- ¡Ya caerás! - sentencia Misia Celeste.

- Me la aguantaré - responde Bonifacio, filosóficamente.

Siguen bebiendo:

- ¿Otro vaso de vino?

Yunque se niega:

- No, uno es suficiente. "En un vaso de vino hay alegría/ Llena el segundo la razón dudando/ Bebe el tercero la melancolía".

- ¿Es suyo?

- Sí.

- ¿Lo ha publicado?
- No, saldrá en mi próximo libro. Se los daré.
- ¿Con dedicatoria?
- ¡Por supuesto!
- Lo vamos a hacer encuadernar.
- Gracias por la distinción; pero escuchen esto.- Yunque saca un papel del bolsillo-.Casualmente hoy recorté de un diario lo que les voy a leer. Es oportuno para ustedes: "Consejos para llegar a ser un delincuente juvenil", dice el título. Y aconseja: Primero: dar al niño todo lo que quiera. Así creará cuando sea mayor que el mundo tiene la obligación de mantenerlo.
- A mí no me han dado nunca lo que yo quería - comenta Bonifacio -. ¡Lo que desee cuando tenía siete años que me compraran una camiseta de Boca! ¡Nada!
- A mí sólo me dieron cachetadas - agrega Casildo - un repertorio de sopapos.
Yunque exclama:
- ¡Ah, muchachos, pobres muchachos! Sigán oyendo: Segundo: Si dicen malas palabras, reíd cuando las diga. Esto lo estimulará a emplear un lenguaje cada vez peor. - ¡Es verdad eso! - exclama Bonifacio - Si yo decía malas palabras el viejo gritaba: "¡Lindo, este va a ser un machazo!"
- ¿Y quién te enseñaba esas palabras?
- ¡Mi padre, pues!
- Tercero: No le enseñaréis a distinguir el bien del mal, si roba algo...
- ¿Si robo? - grita Casildo - mi viejo me decía: "Robaste al almacenero que es un ladrón. Quién roba a un ladrón tiene cien años de perdón". Cada vez que traía algo robado, la vieja decía: "Esto me parece más rico porque no me cuesta viyuya".
- Cuarto: dejadle leer cuanto le caiga bajo los ojos, sea lo que sea.
- Bueno, de eso no puedo decir nada - comenta Casildo - porque mi viejo y mi vieja son analfabetos.
- Quinto: dad a vuestro hijo cuanto dinero pida.
- ¿Darme a mí? ¡Quitarme! recuerdo que el primer afano que hice en un ómnibus - cuenta Casildo - mi padre y mi madre me lo quitaron y se lo repartieron.
- ¿Y no te retaron, supongo?
- ¿Retar? ¡Me festejaron! Ese día mi mamá me besó. Es el primer beso que me daba, tal vez.
- Sexto, defendedlo siempre. Tenga o no tenga razón.
- ¡Eso sí! - grita Bonifacio - Una vez yo le quise robar un cuchillo

a una vecina, ella me pilló y fue con la queja a mi mamá. Esta la insultó y le dijo que yo no era un ladrón, que la ofendía, ya que ella criaba bien a sus hijos. Porque en casa quedan otros dos menores que yo. Seguramente también se van a hacer chorros. Hace un año que no los veo.

- ¡Ah, muchachos, pobres muchachos! - exclama Yunque nuevamente -, con tales padres, ¿Qué hijos podían salir?

- De tal palo, tal astilla - sentencia Misia Celeste, afecta a los refranes, y es toda su sabiduría.

- Miren - ya hace rato que ha amanecido. Me voy a casa, muchachos. Voy a dormir como un lirón. Me caigo de sueño. Yunque se incorpora.

- Hemos tenido mucho placer en conocerlo - habla Misia Celeste - . Supongo que nos visitará otras veces. Venga a comer un asado con amigos. En el fondo tenemos parrilla. Vienen payadores. ¿Lo ha oído a Martín Castro?

- ¡Cómo no, si somos aparceros desde jóvenes! ¡Gran payador!

- ¿Usted lo oyó a Gabino Ezeiza?

- No; pero he leído sus payadas con el uruguayo Vázquez.

- ¡Es de los nuestros usté! - exclama Misia Celeste - ¡Venga esa mano!

- Apriete duro, Misia que esa mano ha escrito versos inmortales - grita Casildo.

- Bájeme del pingo, colega, no exagere - protesta Yunque.

- Cuando usté me dice colega, me corre fuego por la sangre.

- ¿No te gusta?

- ¡No me va a gustar! ¡Me desmayo del gusto!

- ¡Adiós, señora! Adiós, muchachos. Mariposa duerme.

- Ese duerme todo el día.

- Para él, la noche es día y el día es noche.

- Si desean verme o buscarme para una fiesta de payadores, en el café de Independencia y Entre Ríos me encontrarán. Allí estoy con otra gente que les va a gustar. Escritores, pintores, músicos.

- ¿Colegas?

- ¡Colegas, sí! Vayan y nárrenme sus vidas, soy capaz de hacer un cuento con ustedes.

- ¡Cha! Si hace eso nos va a matar de gusto.

- Adiós, adiós - ambos le estrechan la mano a dos manos, efusivamente.

- Adiós no, colegas, hasta la vista, colegas.

Y no los vio más.

Ellos no aparecieron por el café de Independencia y Entre Ríos. A

Yunque no se le ocurrió ir a visitarlos.

Un día, años después, por casualidad, se encontró con Misia Celeste. Hablaron. Ella le contó mil desgracias. El "aguantadero" de la calle Rincón fue allanado por la policía. Bonifacio se resistió. Lo mataron a tiros, después que él mató a un vigilante e hirió a otro. A Casildo y a Mariposa se los llevaron. Ella fue presa unos meses.

- Y ahora, ¿qué hace usted, Misia Celeste? - le pregunta Yunque.
 - ¿Y qué voy a hacer, don poeta? Pido limosna.
-

LA CONFIDENCIA

*"Cuando la infancia todavía no me
había desamparado..."*

BERNARDEZ

A pesar de que Mariano Vollman es ya todo un joven, se ve casi todos los días con Onésimo Lué que apenas tiene catorce años. Esta amistad tiene sus causas. Mariano Vollman necesita dinero y Onésimo Lué se lo facilita. La motocicleta de Mariano Vollman, ansiosa siempre de nafta y aceite, necesitando, siempre también, los servicios del mecánico, dada la violencia que Mariano emplea en su trato, es mantenida por la dadivosidad de Onésimo.

También la dadivosidad de Onésimo contribuye a que Mariano pueda saborear, copa tras copa, su vino predilecto, y caro. Ahora están en el café de la esquina de sus casas, conversando y bebiendo.

- ¿Tomamos otro vino? - propone Mariano.
- No, yo ya tomé dos - arguye Onésimo para evadirse.
- Qué son dos vinos para un bravo como vos - y grita - ¡Mozo, otra vuelta!

Beben y continúan hablando:

- Sos suertudo - dice Mariano - naciste hijo de ricos. Yo, en cambio... hijo de pobretes.
- Tus padres no son tan pobres. La casa es de ellos.
- ¡Qué casa! Tres piezuchas con un mal jardín al frente y un gallinero en el fondo. Mi padre va de casa a la oficina y de la oficina a casa; mi madre siempre con la escoba en la mano o en

la cocina, entre cacerolas. ¡Casa es la tuya! ¡Y con dos automóviles! Yo no tengo más que la moto.

- Es algo, otros no tienen ni eso.
- Preferiría tener dos autos, uno para pasear y otro de carrera.
- ¡No te pide poco el cuerpo!
- A mí el cuerpo me pide mucho, si no fuera hijo de pobres, me alimentaría de langostas con champaña, en vez de puchero y vino barato, como ahora. ¿Qué comen tus viejos?
- No creas que langosta. Papá está a régimen porque es enfermo del estómago, y mamá también siempre a régimen, para bajar los kilos que tiene de más.
- ¿Otro vino?
- Estoy medio mareado.
- ¡Vamos!... ¡Mozo, dos vinos!

Beben. Onésimo, de repente, siente la excitación del alcohol. Saca la billetera y la tira sobre la mesa. Grita:

- ¡A beber que aquí hay plata!
- ¿Cuánto tenés?
- No sé ni me importa. Nunca sé lo que tengo en la billetera - afirma jactante.
- ¡Feliz de vos! Yo, cuando tengo cien pesos, me parece que soy un Roschild o un Rockefeller. ¿Y por qué te dan tanto dinero tus padres?

Onésimo sonríe:

- ¿Me dan? No me lo dan.
- ¿Cómo es eso? Ya ves, yo con mis dieciocho años, nunca tengo mil pesos juntos y vos con catorce... A ver, ¿Cuánto tenés?

Cuenta:

- Tres mil doscientos cincuenta - resume Onésimo. Este papel de mil - y lo enarbola - lo gané esta mañana.
- ¿Lo ganaste?
- Sí, se lo saqué a mamá de la cartera. ¿Crees que se va a dar cuenta? Tenía billetes de cinco mil y diez mil, todos hechos una bola juntos con los de a mil y de a quinientos. Es principio de mes. Ha cobrado los alquileres de aquella casa. ¿Ves, esa allá? Tiene treinta y cinco departamentos, seis negocios abajo. ¿Sabés lo que da?
- Supongo.
- A mitad de mes ya se gastó la renta íntegra. Juega a las carreras, al póquer y a la canasta con amigas; pero papá se forma. Cuando la cartera de mamá no tiene mucho, voy a la de papá. La de él siempre está llena. ¡Es dueño de tres fábricas!
- ¿Y sos hijo único? ¿Para qué estudiás? Si yo estuviese en tu

lugar, no estudiaría.

- Mamá quiere que sea doctor.

- ¿Para qué? ¿Para ganar más dinero?

- No, a ella no le importa el dinero; quiere tener mi chapa en la puerta; "Doctor Onésimo Lué - Abogado"...

- ¿Vanidad?

- Sea lo que sea, es su gusto... pero estoy mareado. Todo me da vueltas, me voy a casa.

- Antes pagá y dejame unos pesos para cargar nafta. Yo ando seco, como siempre; ¡mi puerca costumbre! - agrega Mariano, iracundo.

- Tomá... - Onésimo tira varios billetes sobre la mesa.

- ¿Vamos a dar un paseo en moto?

- No puedo. Mañana me llama el profesor de álgebra y quiero subir la nota. Voy a estudiar.

- ¡Qué estupidez la tuya! Ser hijo de quién sos y sacrificarte estudiando. Salta a la motocicleta y la hace ronronear.

- Hasta mañana.

- ¡Chau, doctor! - le grita Mariano, irónicamente.

Y parte vertiginoso. Onésimo lo ve alejarse, haciendo gambetas entre los muchos automóviles que se le cruzan. Reflexiona:

"Este bárbaro, cualquier día se mata..."

Sigue caminando, un poco vacilante por el alcohol que ha bebido. El aire fresco lo entona. De pronto se dice: "¿Para qué le habré contado que le robo dinero a mis padres?" Queda caviloso... Siente ahora que su confianza lo esclaviza. Su confianza lo ata a la voluntad de Mariano. Hasta ahora le dio dinero porque sí, porque él mismo no sabe qué hacer con el dinero que tiene en la billetera; pero en adelante, si no le da dinero, Mariano puede exigirselo, puede amenazarlo con descubrir su robo a sus padres, puede también contarle a otros muchachos. ¿Por qué le confidenció eso que a nadie había confidenciado nunca? "Ha sido el vino" - se dice. "Estaba casi borracho, lo estoy un poco todavía. Me sentí raro. Tuve necesidad de contar eso que no debí contarle a nadie. Mariano, ahora..."

Se tira sobre la cama. Piensa. Está arrepentido de haber hablado. "Trataré de no verlo" - se aconseja y se acusa. "Fui un estúpido; pero el vino... ¿No me haría tomar a propósito para que yo hablase?... No, porque él no sabía mi secreto... ¡Si pudiera no verlo, no lo vería!"

Comienza a rehuirle. Se hace negar.

- Cuando venga ese muchacho de la moto - encarga al mucamo -

dígale que no estoy ¿¿eh?

- Sí, niño.

Mariano lo busca inútilmente. Le responden: "No está". Deja dicho al mucamo:

- Dígale a Onésimo que lo espero mañana a las doce en el bar de la esquina. Es un asunto importante.

- Está bien, joven.

Y Mariano espera inútilmente.

Pero un día lo aguarda a la salida del colegio:

- ¿Qué te pasa? ¿Nunca estás? ¿O no querés ya ser mi amigo?

- ¿Cómo se te ocurre eso, Mariano? Pero estoy ocupadísimo, hay exámenes...

Mariano lo interrumpe:

- ¿Tendrías mil pesos? No tengo nafta.

- Sí - Onésimo se los entrega y medita: Ya no me dice como antes: ¿tenés unos pesos? Ahora me exige: Dame tanto. Antes me pedía humildemente, ahora...

Siente odio por su amigo, el dueño de su confianza. Y esa noche su odio se transforma en miedo. En la mesa, su padre, hablando con un amigo dice:

- No recuerdo de quién es la frase, creo que es de un político, de alguno que la vivió en carne propia. Pero es una verdad. Yo la he experimentado.

- ¿¿Cuál es la frase?

- Esta: "El enemigo de hoy puede ser el amigo de mañana; pero el amigo de hoy también puede ser el enemigo de mañana".

Onésimo siente que Mariano es su enemigo. Ya en la cama, desvelado, piensa: "¿Es mi enemigo? Todavía no, porque todavía le doy dinero. ¿Y si no le doy dinero? ¿Qué hará él? ¿Dejará de ser mi amigo? dejará de ser mi amigo y sabe de mí eso que sabe..."

Mariano continúa buscándolo. A veces no lo halla, porque el mucamo lo niega, otras veces lo aguarda, lo espía. Siempre que se ven, Mariano pide dinero. "No pide - piensa Onésimo rencoroso -. Ya no pide. Antes pedía, pedía sonriendo, pedía como disculpándose. Ahora exige, seco; ahora ordena":

- Pasame mil. Estoy sin un centavo. Tengo que ir a Olivos. Me espera Graciana. ¡Vieses qué chica! Parece un hada de un cuento de Perrault.

Quizás Perrault, leído en la infancia, es el único autor que Mariano recuerda. Onésimo siente deseos de gritarle:

- Si no tenés plata no vayas a Olivos. ¡Que se canse de esperar el hada del cuento!

No se lo dice. Teme decírselo. Teme que Mariano de amigo (¿pero aún es su amigo?) se transforme en enemigo, y Mariano enemigo, ¿qué no puede hacer?...

Le halla defectos, defectos que antes no veía: Es un desfachatado, un sinvergüenza, un pechador, un charlatán. Seguramente, si me niego a facilitarle con qué comprar nafta o tomar copas, envía un anónimo a mamá contándole que yo le saco dinero de la cartera. Y de súbito, se le aparece el pensamiento: "¡Si se matara con la motocicleta!". Desde ese instante, su pensamiento lo obsesiona. No ve otra manera de librarse. Su pensamiento lo mortifica. Porque él desea que Mariano se mate, y a la vez, lo aterra su propio deseo. Después de haberlo rehuido varios días, una mañana se encuentra con Mariano.

- ¡Te pesqué! - le grita éste - ¿Dónde te habías metido? Te fui a buscar varias veces. ¿No dormís en tu casa? ¿No te dijo el mucamo? Ayer te estuve esperando dos horas en el bar. ¿Querés que te diga algo? No quería decírtelo.

- Decí.

- No sos el de antes.

- No te entiendo.

- No sos el amigo de antes. ¿O no sos más mi amigo?

- ¿Por qué decís ese disparate?

- ¿Por qué? Se me ocurre, creo que te hacés negar.

- Estoy estudiando mucho. ¿Cómo crees que he dejado de ser tu amigo?

- Me alegro. ¡Así sea! Mirá, te necesito más que nunca. ¿Te acordás de la rubia...?

- Sí. ¿La que parecía un hada de cuento?

- La largué. Ahora tengo una morocha. Hoy la llevo al cine... Y comprenderás, necesito con qué llevarla.

Onésimo saca la billetera y le alcanza un papel de mil pesos.

- ¿Recién salido de la máquina? - bromea Mariano - ¿O de la cartera de tu mamá?

El recuerdo pone una mueca en la faz de Onésimo, pero sigue la broma:

- Tengo máquina, fabrico varios de a mil todos los días.

- Ya que tenés máquina, pasa otro de a mil. Comprendé: El cine, después un té con leche y masas...mil es poco.

Onésimo vuelve a sacar la billetera:

- Tomá, y no te empaches con las masas.

El otro, canta alegre; canta la estrofa de un tango popular, canta burlesco.

- Siempre tenés redonda la billetera, por algo sos el beibi de mamá y te juntás con gente de alta esfera, porque decís: "Yo soy un niño bian".

Salta a la motocicleta.

Onésimo le grita:

- Tené cuidado, cualquier día te matás con esa moto.

Mariano se queda mirándolo fijo.

- Varias veces me has dicho esto. ¿Deseás que me mate, acaso? No aguarda respuesta y parte, vertiginoso.

Onésimo queda parado. Lo ve alejarse entre el tumulto de vehículos rápidos y estridentes. En la esquina, observa, no hace caso del semáforo y su luz roja. Mariano sigue, lo ve perderse a lo lejos...

Y es la última vez que lo ve.

A la mañana siguiente, encuentra a la madre en el comedor.

Esta lee el diario:

- Una mala noticia - le anuncia, y señala el diario.

- ¿Cuál?

- Tu amigo, ese de quien hablabas siempre, el de la moto...

- ¿Qué pasó?

- Se estrelló contra un auto. El murió. La chica que llevaba atrás... ¿Pero qué te pasa, One?

Onésimo ha tambaleado. Cae sobre una silla, tembloroso. Y llora, llora convulsivamente.

¿Por qué llora? Pero no llora por mucho tiempo. Siente la sensación de que le hubiesen quitado un gran peso de encima. Se siente libre de algo. Y está alegre. Se pasea a grandes pasos. Por decir cualquier cosa, dice:

- ¡Pobre Mariano! Yo le dije ayer mismo: te vas a matar, sos muy imprudente.

Y sale. Necesita estar solo. Se encierra en su cuarto. Se tira sobre la cama.

Piensa: Yo le desee la muerte. Mi deseo lo mató. Vuelve a llorar convulsivamente, desesperado. Salta del lecho, corre al comedor. Allí está la madre y también el padre.

Onésimo grita:

- ¡Yo lo mate, yo lo maté, mamá!

- ¿Qué dice este chico? - pregunta la madre, asombrada.

Se alarman. Porque Onésimo llora a gritos, se ahoga. Va de un lado a otro, pateando. Toma una copa y la estrella contra el suelo.

La madre exclama:

- Hay que llevarlo a un psiquiatra. ¡Está loco! ¿Decís que vos lo mataste? Pero, ¿Por qué decís eso, muchacho?

- ¡Sí, yo lo maté, yo lo maté, mami, yo!

- Quizás un psicoanalista...

El padre, impávido:

- O una buena paliza, un baño frío.

Onésimo, alejándose, grita:

- ¡Yo lo maté, lo maté yo!... ¡Yo, yo, yo!

Se arrima contra la pared, hunde la cabeza entre los brazos, y llora.

El padre, exasperado, grita:

- ¡Pero está loco, reloco!

La madre:

- Andá, dejame con él a solas.

El padre se aleja. Da un portazo. La madre va hacia el chico y lo abraza. Lo atrae. Se sienta. Onésimo se arrodilla, oculta la congestionada cabeza en el regazo materno. Dice, a gritos:

- ¡Tengo que decirte algo terrible, mamá, algo muy terrible!

- Después me lo vas a decir. One, ahora llorá. Llorar consuela.

Onésimo solloza.

La madre lo acaricia, lo acaricia, lo acaricia...

ELLAS Y ELLOS

"Si existe en la tierra un despotismo supremo e ilimitado, es el que ejerce el espíritu dominante de un muchacho sobre los caracteres menos enérgicos de sus camaradas".

POE

Adelaida, el pañuelo en la boca sofocando los sollozos, arrima la cabeza contra un árbol.

Rosendo se le acerca:

- ¿Por qué llorás, Adelaida?

- Justino... - comienza la chica, y calla, temerosa ya de haber hablado.

Al oír la palabra Justino se le transforma la faz de Rosendo. Sus pupilas chispean de odio.

- ¿Qué te hizo el muy?... - y no lo califica, traga el juicio que le merece.

- Me pegó una cachetada - responde la chica.

A Rosendo se le cierran los puños.

¡Si se animara a pelear con Justino! Si se animara, la vengaría. ¿Se animará? ¿Por qué no se anima? Justino tiene doce años como yo - piensa. No es más fuerte que yo. Es más bajo. ¿Por qué Justino puede con todos? ¿Por qué todos le tienen miedo? ¿Porque grita mucho? ¿Porque cuenta hazañas? Ninguno se las ha visto hacer. ¿Porque el padre es boxeador? ¿Y eso qué importa? - sigue pensando Rosendo. Mi padre es campeón de tiro al blanco y yo nunca manejé un revólver. ¿Porque el padre de Justino es boxeador él va a ser boxeador?... ¡Veremos! - se anima. ¡Veremos! Al fin el padre de Justino no es un campeón, más de una vez ha perdido por puntos y dos veces lo han puesto nocaut.

- ¿Qué decís? - pregunta Adelaida que ya ha dejado de sollozar.

El pregunta:

- ¿Por qué te pegó la cachetada Justino?

- Porque no le quise dar un beso.

- ¡Hiciste bien! - afirma Rosendo.

- Justino es un... - ella calla.

El completa la frase. Supone que esto es lo que ella iba a decir:

- ¡Es un cobarde! Le pega a las mujeres. ¿A que a los varones no les pega?

- A los varones también les pega - lo defiende Adelaida - todos le tienen miedo.

- Yo, no.

- ¿Vos?... Quizás... puede ser...

La duda enardece a Rosendo. La mira, la observa largamente. Es una verdad lo que ha dicho Adelaida. Justino se impone a todos, si no con golpes, ¿Quién lo ha visto pelear alguna vez?, con gritos, con amenazas, con injurias. ¿Por qué todos le temen? - se pregunta Rosendo. No se explica muy claramente ese temor de todos.

El, Rosendo, ¿Por qué le teme? ¿No es él, Rosendo, más alto, más fornido? ¿Entonces, que?... ¿Porque el padre es boxeador?...

- ¿A los varones también les pega? - repite la frase de Adelaida - . ¡A mí no me va a pegar! En cuanto lo vea...

- Allá viene - lo interrumpe ella.

A Rosendo se le arrebató el rostro.

Sí, allá viene Justino con otros dos muchachos. Justino siempre anda acompañado de admiradores. Rosendo ya no tiene salida. Acaba de pronunciar una frase comprometedoras ante Adelaida. Si no lo pelea, ¿Qué va a decir Adelaida, qué va a pensar de él?

Y él necesita que Adelaida piense bien de él, más: que lo admire. Tendrá que pelearlo.

- Te has puesto colorado - dice Adelaida - ¿Tenés miedo?

- ¿Yo? ¡Puf! - se encoge de hombros.

Aparece Justino.

- ¿Todavía estás llorando? - La toma de un brazo, la aprieta.

- ¡Ay, me lastimás! - se queja la chica.

Rosendo se interpone. Ha dudado, sí, pero ya no duda. La voz de ella, lamentosa, su gesto doloroso, lo deciden. Habla:

- Ella no va con vos.

- Qué decís ¡Miren! - se vuelve hacia sus admiradores y otros muchachos que ya forman coro a su alrededor. ¡Miren con lo que sale éste! ¿Qué decís?

- Digo que ella no va con vos - afirma Rosendo.

- ¿Qué te pasa? ¿Estás loco? ¿Andás queriendo perder un par de muelas? ¿Eh? ¡Contestá, che!

- Digo que sos un cobarde.

- ¿Cobarde yo?

- Le pegás a las mujeres.

- ¡Y a los hombres! - lo empuja, pero Rosendo no se mueve.

Resiste: El otro vuelve a empujarlo y él vuelve a resistir, bien plantado. Hay una pausa. Rosendo mira a su alrededor. Allí está el grupo de muchachos, expectantes.

También está Adelaida. Si no estuviese allí Adelaida, quizás él no pelearía; pero los ojos interrogantes de Adelaida lo empujan. Ve sus ojos, solamente sus ojos. ¿Qué? ¿Se atreve Rosendo a pelear con Justino, el capo de la banda? El propio Justino también se asombra. También mira a su alrededor. Ya no hay salida para ninguno. Rosendo no puede quedar disminuido ante Adelaida; Justino tampoco ante la muchachada de su patota. Pero aún no se resuelve a pelear. Recurre a sus habituales injurias:

- ¡Sos un infeliz, un pobre tipo!

No continúa hablando. El puño de Rosendo cae, sonoro, sobre su boca y le parte un labio. Sangra. Ya no ven ninguno de los dos.

Los puños se mueven, golpean. El coro de muchachos se abre.

Deja paso a Justino que retrocede. Rosendo, decidido, ataca.

Ahora sus puños caen otra vez sobre la boca, sobre la nariz, sobre un ojo de Justino. Y siguen pegando. Ya el otro se dobla,

sólo se defiende. Rosendo pega, pega, pega. Al fin, Justino,

jadeante, da la espalda, va a huir. Rosendo lo alcanza aún con un puntapié en el trasero. Es un final despreciativo, la derrota.

Justino cae, se yergue y echa a correr. Dispara, vencido, dispara

vergonzosamente.

A Rosendo lo rodea el grupo de muchachos, ahora sus admiradores. Comentan. Han presenciado la caída del matón y aún les parece mentira haberla presenciado.

Rosendo se dirige hacia donde está Adelaida.

- ¿Viste cómo no le tenía miedo? Miralo cómo dispara.

Adelaida lo contempla, el rostro descompuesto, palidísima. Y grita, ruge:

- ¡Yo lo quiero a Justino! - Corre detrás de él. No deja de gritar - ¡Lo quiero! ¡Lo quiero a Justino!

VENGANZA POLITICA

"Los niños no son tan buenos como suponen sus padres ni tan malos como suponen los vecinos."

NOEL CLARASÓ

De su nombre, Honorata, la madre, cariñosamente, ha hecho "Honora" y los vecinos, casi todos bastante hostiles, por el carácter de la chica, han hecho "Rata".

La madre continuamente la elogia. Tiene sus motivos para elogiarla:

- Honora es buena, para mí, por lo menos, muy buena. Sólo tiene diez años y es la mano derecha de la casa. Honora hace los mandados. Miren como tiene todo relumbrante de limpio.

Cuando yo sufro un ataque de reuma, también cocina. El padre dice que cocina mejor que yo. Puede ser. Yo ya estoy bastante cansada y ella ha comenzado a vivir no hace mucho. Le sobran energías. No sé por qué todos la pelean a mi Honora. Le dicen "Rata", "La Rata". No es linda, es cierto. Pero miren qué ojos tiene. Sus ojos son dos luceros. ¡Ya quisiera más de una estrella de cine tener sus ojos! Es flaca, pequeña de estatura; pero ya la ven, ágil, va y viene rápida. Y no hay que decirle dos veces las cosas, las hace enseguida. ¡Ah, eso sí!: Hay que decirselo con buen modo. Le digo: "Honora", yo estoy cansada; ¿Qué te parece si vas hoy al mercado? Sí, mamá, me contesta enseguida. El padre, a veces, sobretodo cuando viene del boliche

de la esquina, un poco alterado por haber discutido de política con algunos borrachos, le pide algo con mal modo: "Las traigo porque quiero", y las trae. Honora, para mí, es una hija modelo, una bendición de Dios es mi hija. Sin ella, no sé qué sería de mí con este reuma que, a veces me tiene una semana sin poder dar un paso. ¿Y para el padre? Para el padre es un encanto. La viesen en las manifestaciones gritando con esa voz que le sale desde la planta de los pies: ¡Perón, Perón! En las discusiones, en las que quizás queda un poco ronco porque bebe un poco mucho, ella toma la palabra. ¡Y la oyeran! El padre, encantado de oírla, dice: "¡Lástima que Honora no estudie de doctor!" ¡Qué diputado sería!".

Los vecinos, en cambio, no la quieren. Las vecinas, sobretodo: "Es una entrometida, en todo está ella, todo lo oye, una no puede opinar de nada, ella enseguida contradice, charla como un aguacero, chilla como un loro. Con la poca edad que tiene se cree un personaje. En el conventillo, hasta en el barrio, todos la conocen. Y le temen. ¡Claro! El padre es el presidente de la unidad básica peronista, el tío es sargento" - así opina la encargada del conventillo, Doña Vicenta; pero opina a soto-voce, temerosa de ser oída -. Si no fuese porque el padre ocupa el puesto que ocupa, ya me oiría las verdades que tengo en el buche y no le digo - prosigue Doña Vicenta, siempre a soto-voce y confidenciándose con alguna vecina de confianza.

El padre de Honorata, pequeño, menudo, ágil, turbulento y vivaz; no sólo es presidente de la unidad básica peronista del barrio, también es "vivador". Su oficio consiste en ponerse a la cabeza de un mitin, y gritar: ¡Viva, viva, viva!, hasta quedar ronco. Cobra así dos sueldos. Las carreras, el truco, el vino, dan cuenta de ambos sueldos demasiado pronto.

Dos anécdotas - tendría otras muchas - para acabar de perfilarnos a Honorata u "Honora", según la madre, o "La Rata" según los vecinos:

En una oportunidad, volviendo del mercado, cargada de bolsas - era a comienzos de mes, el padre acababa de cobrar sus dos sueldos - una patota de muchachones se agrupaba en la esquina, piropeantes y agresivos. Ella gritó:

- ¡Dejen paso, pues! ¿O qué se han creído? ¿Se han creído que la calle es de ustedes?

Le dieron paso; pero no faltó quien a su espalda gritase:

- ¡Rata!

Honora nada dijo. Vacío la bolsa, puso en ella el revólver del padre, y enfrentó a la patota:

- ¿Quién gritó Rata?

Todos callaron. Presintieron que su decisión traía algo oculto. Además era la hija de quien era y la sobrina de un sargento de la poli con fama de muy bravo.

Ella sacó el revólver. No tuvo necesidad de usarlo. Todos huyeron, abrió el revólver y se los mostró a los transeúntes que se habían detenido, curiosos:

- ¿Ven lo que son esos patoteros? Los corrí con un revólver descargado.

Y se fue, triunfante. La anécdota aumentó su fama.

En otra oportunidad, una vecina del conventillo, disidente del peronismo, y con quien la madre de Honora no se saludaba siquiera, tenía una radio y la hacía sonar a cuanto pudiese: tango sobre tango, destemplada.

- La radio de esa socialista me enloquece - protestó la madre de Honora - le he dicho que la ponga más baja y me contestó que ella tiene la radio para oírla y al que no le guste, que se aguante. O que se mute.

Honorata dijo:

- Dejalo por mi cuenta.

Una noche que la vecina salió, a la vuelta, no halló su radio. Habían violado su puerta. Todos sospecharon: Es la Rata. Esto sólo puede haberlo hecho La Rata.

Efectivamente, la radio sonaba ahora en la casa del tío, el sargento de policía que festejaba, complacidamente la proeza:

- Es una radio macanuda. Te agradezco el regalo, sobrina.

Tal es Honorata u "Honora", según la madre, o "La Rata", según los vecinos, bastante hostiles. Pero llegó el año 1955. Un general de apellido Lonardi - es importante para este veraz cuento retener el apellido - se levantó en Córdoba apoyado por otros generales, y el Presidente Perón hubo de huir, corrido por el motín militar, semejante al que lo había llevado a la presidencia. Honorata, volviendo de la escuela, encontró a su madre llorando.

- ¿Qué te pasa, mamá?

- ¿No sabés? Tu padre está preso. Se lo acaban de llevar. El general Perón ya no es presidente. Tuvo que escapar. ¿Qué haremos ahora? ¡Nos moriremos de hambre! Ya el almacenero o el carnicero no nos fiarán como antes. ¿Qué haremos, Honora? Honorata no responde. Está cegada de odio. ¡Si ella pudiera encontrar a ese general Lonardi y a los otros generales!

Rezonga: ¡Traidores! Hacerle eso al general Perón que repartía panes dulces en Navidad. Si viviese Evita la iría a ver. ¿Por qué Evita, desde el cielo, no ayuda al general Perón? ¿Por qué no

manda un rayo y lo parte a ese general Lonardi de Córdoba y a los otros generales traidores?, ¡todos traidores! Así reflexiona Honorata y camina, camina sin rumbo, camina porque necesita moverse, camina por hacer algo, ya que no puede ir a la Casa de Gobierno a matar generales, a incendiarla con todos adentro. De súbito en una esquina donde hay un almacén, a la vuelta de su casa; de súbito, en una vidriera ve ese letrero: "Almacén Lonardi". Muchas veces ha pasado por allí y nunca vio ese letrero. ¿Quiere decir que ese almacenero es antiperonista, que le ha puesto ahora "Lonardi" a su almacén en alabanza del traidor que se ha levantado contra Perón, el presidente que regalaba sidra y panes dulces en Navidad, quiere decir que ese almacenero es un canalla como tantos otros que ahora hablan pestes del caído? ¡Ah, no! Ella, Honorata, hará algo, debe hacer algo. Aquel letrero "Almacén Lonardi" la irrita, la obsesiona, la ofusca. Mira a su alrededor. La calle está desierta. De pronto ve un fierro, lo recoge y juntando todas sus fuerzas, lo lanza contra el vidrio que exhibe aquel maldito nombre: "Almacén Lonardi". Estrépito del cristal roto. Gritos. Honorata huye. Corre a refugiarse en la casa de su tío, el sargento de policía. El almacenero, alarmado, sale a ver qué es aquello, quien tiró el fierro contra su vidriera. La gente se apelotona a su alrededor. El almacenero inquiere:

- ¿Quién ha sido? ¿Nadie vio nada, eh? No falta el chico que vio todo. ¿Qué no ven los chicos?

Y habla:

- Fue La Rata. Yo la vi. Salió corriendo para allá.

- ¡Ah, La Rata! - dice una mujer - esa es capaz de todo.

Y otra:

- ¡Es la piel de Judas!

Ya va el almacenero, gordo, congestionado, furibundo, camino de la casa donde vive la delincuente. Un chico lo guía. Una nube de chicos y mujeres lo escolta. Ya está el almacenero en el patio del conventillo en busca de la autora del destrozo. Grita, ruge el almacenero. La madre de Honora ignora. Honorata ha desaparecido. Hace acto de presencia un vigilante a quien un comedido ya enteró de todo. El vigilante toma nota: Los vecinos acuden a informarlo, solícitos.

- Es la hija de Don Torcuato, el peronista que esta mañana llevaron preso. Interviene la vecina a quien le robaron la radio. Veinte, treinta voces se levantan, ensordecen al vigilante que escribe. Al fin, este grita:

- ¡Silencio! ¡No hablen todos a la vez, caracho!

- ¿Usted qué dice? - pregunta a la madre de Honorata.
- No sé nada, señor. Yo estaba aquí, en mi cuarto, en eso llegó el señor almacenero con los demás, acusando...
- ¡Yo la vi tirar el fierro a la vidriera! - salta el chico acusador.
- ¡Muy bien! - resuelve el vigilante - aquí tiene una citación, preséntese a la comisaría con la menor autora del delito. Y se va, solemne.
- Detrás de él veinte, treinta curiosos, abejeantes de comentarios, condenadores de "La Rata". La madre, llorosa, contempla la situación. ¿Qué hacer? ¿Dónde estará Honorata? - ¡Ah, sí! - se le ocurre - y sale. Va a casa de su hermano, el sargento de policía. Allí está Honorata.
- ¿Qué has hecho, hija? - Lo vengué al General. ¿No viste lo que hizo ese canalla del almacenero? En la vidriera puso el nombre del general que ha echado a Perón de la Casa de Gobierno. A su almacén le ha puesto: "Almacén Lonardi".
- No, hija, estás equivocada.
- Sí, mamá. Si yo he visto el letrero con mis propios ojos. Decía: "Almacén Lonardi".
- No, hija, escuchá: Ese letrero no es de ahora. Ese letrero estuvo siempre. ¿No lo habías visto antes?
- No.
- No decía Lonardi, decía Lomardi, "Almacén Lomardi", porque Lomardi es el apellido del almacenero. ¿Qué has hecho, hija? Honorata se demuda un instante, y resuelve:
- ¡Y bueno! ¿Quién le manda llamarse con un nombre parecido al del general ese?
- Tengo una citación para la comisaría. Tengo que llevarte a la comisaría.
- ¡Vamos, mamá! No me va a comer el comisario. ¡Y el almacenero, que le ponga otro nombre mejor a su boliche! ¡Vamos!, a lo mejor el comisario es peronista como nosotros y en vez de meterme a un calabozo me da un caramelo. ¡Vamos!
- ¿Y si ya no es peronista el comisario? - duda la madre.
- Honorata no responde. Sigue caminando; pero ahora, cabizbaja.

EL GORDO Y EL FLACO

"No todos los niños son niños"

Zoilo y Basilio son estudiantes. Cursan 4o. año del colegio nacional; pero deben alguna materia de 3o.

Ambos son inteligentes, aunque estudiantes mediocres por distintas causas. Zoilo, el gordo, porque se dispersa y se desconcentra, pensando en algo ajeno a los estudios. Es lector de novelas y seguidor de dramas en la televisión. Basilio, el flaco, es carrerista. Todas sus preocupaciones se hallan en estudiar performances de caballos y hacer cábalas sobre los posibles ganadores. El poseer dinero lo obsesiona. A la inversa de Zoilo, que cuanto dinero recibe de los padres o del hermano mayor, médico, se le va de las manos, pródigas. A él lo preocupa en cuanto a deportes, el fútbol y el boxeo. Hubiese querido ser un gran boxeador. Tiene cuerpo y estatura. Le falta voluntad. El gimnasio lo aburre. Además, la gula lo domina. Vive masticando. No le faltan sandwiches o caramelos en los bolsillos. Basilio, por el contrario, casi no come, siempre desgano.

Son amigos pese a tantas diferencias. La circunstancia de vivir cerca uno del otro, los ha aproximado más. Quijote y Sancho a la inversa, aquí el flaco tétrico es pequeño de estatura y mustio, el gordo sonriente es alto y expansivo. Hasta en el vestir se diferencian, Basilio, pulcro, siempre blanca la camisa, la raya del pantalón impecable, los zapatos lustrados; el amigo, a la como sea, despeinado, los pantalones hechos una bolsa, los zapatos, a veces sin cordones. Además, a Zoilo se le van los ojos detrás de los encantos femeninos; Basilio, indiferente.

- ¿Viste esa piba? - pregunta el gordo.

- ¿Cuál? - Aquella, mirala - y al gordo le chispean las pupilas.

- ¡Bah! - hace el flaco, despectivo.

Hoy, lunes 2 de agosto de 1971 - es importante consignar la fecha por lo que va a ocurrir en las vidas de estos dos muchachos. Zoilo bullicioso, empujándose y bromeando con otros compañeros y Basilio serio, aislado, como protegiéndose con su mutismo de la alegría de los demás, salen del colegio. Comienzan a andar uno al lado del otro, rumbo a sus casas. Se les dice, en broma, el gordo y el flaco, recuerdo de Laurel y Hardy, el flaco y el gordo de las películas que a tantos hicieron disfrutar con sus aventuras cómico-dramáticas. El gordo y el flaco, apartándose de los demás compañeros, van, esquivando automóviles y ómnibus, atravesando la calle. Van callados.

- ¿Qué pensás? - pregunta Zoilo.
 - Pienso en mi yeta. Ayer le iba a jugar cinco ganadores a Cleopatra; pero como papá le jugaba a Cima, yo, por seguirlo a él...
 - ¿Perdieron?
 - Sí.
 - ¿Y quién no pierde en las carreras? El juego no hace rico, dice mi padre siempre.
 - Pues mi abuelo se enriqueció jugando.
 - ¿A qué? ¿A las carreras?
 - No, a la lotería: Ganó dos grandes.
 - ¡Ah! me hiciste acordar - y el gordo se detiene con los brazos en alto.
 - Anoche soñé que compraba un billete de lotería.
 - ¿Te acordás el número?
 - No, sólo recuerdo que terminaba en siete.
 - Compremos.
 - Sí, compremos. ¿Cuántos pesos tenés?
 - Yo, pocos. A ver: ciento cincuenta y cinco.
 - Yo, ciento sesenta. Compremos un quinto entre los dos.
- Alcanza.
- Es poco un quinto.
 - ¿Querés comprar un entero? ¡Son mil ochocientos pesos, ché! -
 - ¿De dónde los sacás?
 - Pedile a tu hermano.
 - ¡Qué esperanza, no! Hoy me dio doscientos, si le pido otra vez, me corre a gritos. ¡No! Pedile vos a tu viejo.
 - No podría hoy. Ayer perdió no sé cuánto en las carreras. Anda como si tuviese púas en todo el cuerpo. Está hecho un puercoespín. Así estará hasta el domingo, y si vuelve a perder... ¡No quiero decirte lo que será la casa! Mi pobre madre...En fin, ¿para qué hablar de eso?
 - ¿Has visto? Por jugar a las carreras.
 - Carreras o lotería, todo es lo mismo.
 - Quizás no, pero no discutamos. ¿Compramos un quinto? Si se da la grande son 18 millones, con el descuento del 20 por ciento que saca la lotería, quedan 14 millones 400mil pesos.
 - Sí, si hubiese jugado un entero.
 - ¡Es verdad! Son 14 millones cuatrocientos mil pesos divididos por 5, dan 2 millones ochocientos ochenta mil pesos, ¡La fortuna, che!
 - ¡Bah! ¿Fortuna eso?
 - ¿Te parece poco?

- ¡Por supuesto! ¡Ya que jugamos, tirémonos a fondo en un entero! 14 millones 400 mil no los tiene cualquiera. ¿Quién no tiene 2 millones?

- Yo no los tengo, ni mucho menos. Mirá, casualmente - y Zoilo se para ante una agencia de lotería - aquí tenés un número terminado en siete. ¡Lindo número! 34.917. Se juega el viernes. El 6 de agosto tenemos 2 millones, 880 mil pesotes.

- Que para mí, en realidad es 1 millón 440 mil, porque me tocaría la mitad. La otra mitad es tuya. No me seduce el negocio. Sigamos.

- ¿Cómo no te seduce? ¿Gastar ciento cincuenta pesos para ganar 1 millón 440 mil no te seduce? ¡Vamos a comprar ese 34.917! ¿No le ves una luz a ese número? Pensá en mi sueño.

- No creo en esas macanas de los sueños.

- Pero crees si viene un pillastre cualquiera y te dice: jugale a este caballo, es una fija y... ¡paf! Pierde. Te vas a arrepentir, flaco. Acompañame. Mirá, ahora voy a estar pensando en ese número toda la semana.

- ¡No!

- Si no me acompañás voy a buscar a otro...pensá en lo que estás haciendo, flaco. Basilio duda, y se decide:

- Bien, te voy a acompañar, gordo.

- Vengan los papeles. Compran un quinto del 34. 917.

Al salir, Zoilo pregunta: ¿Quién lo guarda? - Mejor está en mis manos - responde Basilio - yo soy más cuidadoso. Vos lo podés perder. Siempre andás perdiendo libros.

- Los presto y no me los devuelven. Eso no es perder. El libro corre. Basilio saca la billetera, dobla el billete y lo guarda.

- Pensá que en ese papelucho de color tenés 2 millones 880 mil pesotes.

- ¡Bah! - y Basilio se encoge de hombros, siempre pesimista - 28 mil ochocientos de los nuevos, ley, como dicen ahora. Con eso no se compra ni un caballo. ¡Bah! - vuelve a hacer Basilio - Hasta mañana, gordo. Y seguí soñando números para hacerme perder dinero.

Entra a su casa. Pasan los días. No recuerda ya ni el número del billete que han comprado a medias.

El sábado, Zoilo se levanta jacarandoso, según su costumbre. No hay clase, y esto lo torna más charlatán y alegre. Toma dos tazas de chocolate, pan y manteca y se va a la calle. ¿Dónde va? Iré a la plaza, a tomar sol, a ver chicas lindas - se dice - ¿Por qué habrá tantas chicas lindas en Buenos Aires? - continúa segismundeando - si fuera dictador, las metía presas a todas. Lo

atrae una vidriera de una agencia de lotería. Se asoma al extracto. Alza una exclamación y dice en alta voz:

- ¡Bien! La grande terminó en 7. No me falló el sueño. No recuerda el número. - Iré a lo del flaco - se propone. Lo encuentra en su escritorio. Grita: - ¡Terminó en 7! ¡Se cumplió mi sueño!

- Sí. ¿Y qué?

- ¿Cómo qué?

- ¿Pero no lo sabés, entonces?

- ¿Qué debo saber?

- Sacamos la grande.

- ¿Me estás cargando? ¿Bromeás?

- No bromeo. - ¿Y lo decís tan tranquilo como si dijeras:

Encontré un peso en la calle?

- ¿Y por esos pesotes me voy a enloquecer, acaso?

- ¡Yo sí me enloquezco! ¿A ver el billete?

Mientras Basilio, parsimonioso, saca la billetera y de ésta el billete, lo desdobra - Zoilo habla a los gritos:

- Somos millonarios, flaco, ¿Qué me decís?

- Saltá, reí, bailá, pegá alaridos. Basilio lo interrumpe:

- Aquí tenés tu locura - y le alarga el quinto.

El gordo lo mira, lo observa, lo hace girar en sus manos temblorosas. Canta:

- ¡Viva la suerte de dos malos estudiantes! ¡Viva! ¿A que a Galíndez no se le da la grande? ¿Sabés por qué? Porque saca todos diez el muy cretino. La suerte ayuda a los malos estudiantes.

- ¡Buena moral la tuya!

- ¿Vas a hablarme de moral, vos, carrerista, burrero? El lunes vamos a la administración de la lotería, y cobramos. ¡Viva Zoilo, el gordo y Basilio, el flaco!

- No grites, chiquilín. No quiero que mi padre se entere.

- ¿Por qué? - Porque me va a pedir prestado y es capaz de irse a Mar del Plata, a la ruleta, y dejarlo allá. Mi viejo es un timbero sin grupo.

- ¿Y no le vas a decir nada a tu mamá?

- Tampoco, ella se lo contaría al viejo. ¡El millón 440 mil me lo trabajo yo solo! ¿Y vos? El domingo me mando cien ganadores a Clareta.

- Hasta el lunes no cobramos.

- Le pediré a Justo Pérez Urquijo, el usurero que le presta mi padre.

- Te vas a fundir en las patas de los caballos.

- Hago mi gusto.
 - Yo ahora mismo voy corriendo a darle la gran noticia a mamá. Siempre le he dado disgustos como mal estudiante, alguna vez tenía que darle un buen momento. Le voy a mostrar el billete, si no va a creer que son fantasías, ella sabe que soy colifato.
 - ¿Te llevás el billete?
 - ¿Me tenés desconfianza?
 - ¡Flaco! ¿Podés suponer eso de mí? - Llévalo, no más. El lunes no vamos a clase. Te voy a buscar. Pero sentate: oíme: estoy bromeando con vos, gordo.
 - ¿Conmigo, flaco?
 - Sí, me hiciste perder 14 millones 400 mil pesos. ¿Por qué no le pediste a tu hermano para jugar el entero?
 - No podía. Ya me ha dado mucho. Lo tengo hecho un colador a sablazos. ¿Además, por qué te hice perder 14 millones 400 mil pesos? Hablás como si te lo hubieras ganado vos solo. La mitad de esos millones...
- Basilio queda un instante contemplando a Zoilo. Sonríe. Una rara sonrisa, casi una mueca, una sonrisa puro dientes careados, Y habla:
- Veo que tenés más picardía de lo que parecés, gordo. Sos intelijudo.
 - Sé franco, ¿te hubieses ido con los 14?
 - ¿Y vos?
 - Yo, nunca ¡jamás! - grita Zoilo.
 - Te creo. ¡Tan grandote y tan criatura! Andá a ver a tu mamá, pichón, andá a darle una alegría. - Ya lo creo que voy. ¡Hasta el lunes!
 - ¡Vení a almorzar y lo festejamos!
 - No. Estoy amargado.
 - ¿Cómo amargado? ¡Si ganaste!
 - Pienso en lo que perdí.
 - Escuchá, Basilio. ¿Querés que te diga una verdad, una gran verdad?
 - Decila.
 - Te tengo lástima, una gran lástima, sos un desgraciado, un infeliz, un alma seca. Sos un hijo'e... sin que lo sea tu madre, tu pobre madre.
- Zoilo sale a la disparada y da un furibundo portazo.
-

CHICHIPIA

"Llora el niño perdido, pero sigue cazando mariposas".

RYUSSI YOSHIDA

Chichipía aparece en Viñedos, pueblucho perdido en la pampa de Buenos Aires, el último día de otoño. Hace frío, pero el sol resplandece sobre el verdor del campo infinito y jugoso, juega sobre las aguas del arroyuelo que cruza el pueblucho y dora los últimos racimos de uva. Chichipía es un poco lo que la gente, bastante desdeñosa, llama una "chinita": pequeña de estatura, flaca, los pelos renegridos y duros cayéndole sobre los ojos mansos y las orejas apantalladas, tímida, atemorizada - quizás por los sufrimientos - insignificante. Con su voz dulce y débil, pareciera que siempre suplica.

¿De dónde viene Chichipía?: De un rancho sumergido allá, en las soledades de la llanura. A dónde va Chichipía? No lo sabe, por cierto. Sólo sabe que, escapando a la brutalidad del padre, pues la ha amenazado con romperle la cabeza porque le volcó la botella de vino, se echó a andar siguiendo el curso del arroyo hasta hallarse en Viñedos. Son las once, las campanadas de la capilla cantan. Hace varias horas que está caminando.

Chichipía tiene hambre y sed. "Pediré una limosna en esa casa" - se dice - "Pediré pan. Es una casa rica - me van a dar un pan no tan duro como las galletas que hace mi madre" - piensa.

La casa a la que se refiere Chichipía es la mejor del pueblo.

Tiene dos pisos. Las demás, pobres, la mayoría casi miserables.

Chichipía, poniéndose en punta de pie alcanza el timbre. Llama y espera. Aparece un mayordomo, imponente con su traje de botones dorados.

- ¿Qué quieres, chica?

- ¿No me puede dar un pedazo de pan y un vaso de agua? Tengo sed y tengo hambre - susurra Chichipía.

- ¡Pan y agua no se le niega a nadie! - sentencia el mayordomo de hablar galaico.

- Espera un segundo, chiquilla.

En ese instante se detiene un automóvil y baja la señora.

- ¿Qué quiere esta chinita?

- Pide una limosna - responde el mayordomo. Le iba a dar un

pedazo de pan.

- ¡No, no, Rodrigo! - grita la señora -. Ya le he dicho que a los limosneros los cite los jueves de once a doce.

- Ella tiene hambre ahora. - explica el mayordomo.

- ¡No, no! Si le da a ésta hoy, mañana se me llena la casa de pordioseros. Y dirigiéndose a Chichipía: Vení mañana, jueves. El jueves es el día de mis pobres. Hasta mañana - la empuja levemente.

Entra la señora. El mayordomo saca una moneda a sus espaldas y se la da a Chichipía.:

- Andá, compra un pan, allí está la panadería y allá, en el almacén, pedí agua. Te darán.

- Gracias, señor - balbucea con su débil, dulce voz Chichipía, y toma la moneda.

Sigue andando.

En la esquina, tirado sobre unas bolsas de arpillera, un viejo barbudo, estira la mano. Pide:

- ¿Niña, no me da algo?

Me llamó "niña" - se dice ella. Y deja caer en la mano estirada la moneda que le dio el mayordomo.

Unos pasos más adelante, una mujer ataja a Chichipía:

- ¿Por qué le das limosna a ese viejo? ¿No ves que está borracho, hecho una cuba ya a esta hora?

- No sabía.

La mujer se aparta, rezonga.

Chichipía piensa, un poco triste: "Le dí la moneda que tenía para el pan". ¿Qué hacer ahora? Cavila un rato y, al fin, se decide: entra en la panadería.

- Señor. Me da pan.

El panadero se lo entrega.

- Gracias, señor.

El panadero grita:

-¿Cómo gracias? ¿Lo pedís o lo comprás?

- Lo pido.

- ¡Ah, no! Devolveme el pan. Yo no alimento vagos.

- Por un pan no vale la pena hacer tanto barullo - interviene una clienta.

- ¡No es por el pan, señora! Es porque no quiero mendigos en mi panadería. ¡No es por el pan! Repite colérico. ¿Ve lo que yo hago con el pan?

Lo tira al suelo y lo pisotea.

Chichipía huye, asustada. ¿Qué hacer? "Tomaré agua y se me pasará el hambre" - se dice - "aunque ya con el susto que me

dio el panadero casi se me ha pasado".

Entra a un almacén:

- ¿Qué deseas?

A la pregunta del almacenero, un hombre gordo a quien

Chichipía cree un gigante, no responde

- Nada...este...nada.

- ¿Y para qué venís, entonces?

Chichipía sale. Sigue andando sin rumbo. ¿Qué hacer? ¿Dónde ir? ¿Volverá al rancho? ¿Y su padre no le romperá la cabeza como ha dicho? Cuando se enoja, su padre es terrible. Una vez a su hermano menor, de un puñetazo casi le vacía un ojo. Se sienta en un banco de la plaza. Y queda mirando la estatua de un hombre vestido con levita, está cansada. El hambre y la sed se le han ido.

En el otro extremo del banco se sienta un muchachito. Este saca un cigarrillo, lo enciende y, reparando en Chichipía, le habla:

- ¿Fumás? - le ofrece el paquete.

- No fumo.

- ¿Qué hacés aquí mirando a ése? - por la estatua.

- ¿Quién es ese señor de levita?

- Es el que fundó este pueblo. No sé cómo se llama. Sé que tenía mucha plata. ¿Ves aquella casa donde está aquel automóvil parado? Es de la hija de ese de la estatua. La hija tiene también mucha plata, es dueña de una estancia que está aquí cerca. Se llama "La Dulce".

- Sí, la conozco a esa señora.

- ¿La conocés? ¡Buenas relaciones las tuyas!

- Fui a pedir limosna.

-¿Te dieron?

- La señora, no; me dio el señor ese del traje con los botones dorados.

- El mayordomo. ¿No trabajás?

- No.

- ¿De dónde venís?

- de por allá, lejos, un rancho de donde nace el arroyo.

- ¿Y te venís caminando desde allá?

- Sí.

- ¿A qué viniste a este pueblo de fundidos, a pedir limosna?

- No, vine, no sé por qué vine - quedan en silencio. Chichipía, por seguir conversando, pregunta: Y vos, ¿Trabajás?

- Sí.

- ¿De qué?

- De ladrón.

- ¿Sos ladrón?
- Sí, mi hermano Tiburcio que tiene diecisiete años me enseñó. Se gana más que trabajando. Mis padres trabajaron toda su vida y murieron en la miseria.

- ¿Y si te llevan preso?

- Ya estuve preso dos veces. Uno se acostumbra a todo.

- ¿No les tenés miedo a los policías?

El muchachito la mide sonriente, despectivo:

- Me parece que sos... - busca el adjetivo, quizás insultante;

pero los ojos tiernos de la chica lo desarmen- Me parece que

sos bastante inocente. - Y se jacta - ¡Yo no tengo pavor a

nadie! Mirá - se pone de pie - tengo doce años. ¿No parezco un

hombre? ¡Mirá qué fuerza! - Tira trompadas al aire -. Mi

hermano también es forzudo. Iba a ser boxeador, pero se cayó

de un caballo y quedó rengo. Voy a juntar plata y voy a ir a

Buenos Aires a estudiar de boxeador. Me haré millonario.

Acordate de mi nombre: Zenón Vallavino, acordate. Ya me vas a

ver en los diarios, con fotografía y todo. ¡Chau!

- ¿Te vas?

- ¿Necesitás algo?

- Tengo hambre.

- Esperate. ¿Querés unas manzanas?

No aguarda la respuesta, va y vuelve pronto. Le tira un paquete de manzanas sobre el banco.

- Gracias.

- No des las gracias. ¿Para qué das las gracias con esa voz de infeliz? No te traigo pan ni fiambres porque no puedo entrar ni a la panadería ni al almacén. Me tienen desconfianza. Creen que soy ladrón.

- ¿Creer?

- Malician. ¡Son unos pillos esos comerciantes! ¡Me voy!

- ¡Qué lástima!

- ¿Te gusta hablar conmigo?

- Sí, estoy sola.

- ¿No tenés padres?

- Como si no los tuviese.

- ¿Cuántos años tenés?

- Doce años, tu misma edad.

- Parecés un ratón al lado mío. ¿No querés venir a mi casa? Vivo allá, ¿Ves?, al lado de esa estación de nafta. Vivo con mi hermano Tiburcio. Los dos nos escapamos de casa, en Necochea. Cansados de pasar hambre y de oír consejos de los jovies. No nos buscaron. Al fin se murieron cuando nosotros estábamos

aquí.

- También yo me escapé esta mañana por miedo a mi padre.

- ¡Vamos!

Pasan delante de la casa rica.

- Esta es la casa de la estanciera?

- Sí. Te voy a decir algo: Aquí vamos a dar un golpe mi hermano y yo. ¡Y pronto! Hoy a la noche tal vez. Mi hermano entra. ¡Es un púa mi hermano! Lo llaman Rengopuma. Hace un mes asaltamos a un vendedor ambulante, en el camino que va a Tandil. Le sacamos cincuenta mil pesos.

- ¡Cincuenta mil! - exclama Chichipía, asombrada - ¿Y qué hicieron con tanta plata?

- Comimos bien, chupamos bien.

- ¿Lo gastaron todo?

- No, guardamos también algo. ¿No te dije que nos vamos a ir a Buenos Aires, yo a estudiar de boxeador? Mi hermano de manayer mío. Seremos millonarios.

- Y cuando sean millonarios, ¿Van a seguir siendo ladrones?

- ¡Las preguntas que hacés! ¡Sos una caída del catre! Entrá.

- ¿Qué traés? - pregunta Tiburcio que está tomando mate.

- Traigo a ésta que encontré en la plaza. Creo que nos va a servir para algo.

- Por lo pronto, ¿sabés cebar mate?

- Sí.

- ¿Cómo te llamás?

- Me llamo Hildebranda Molloja, pero me dicen Chichipía.

- Bueno, nosotros también te vamos a decir Chichipía - resuelve Tiburcio -. Tomá, seguí cebando mate.

- ¿Amargo?

- ¡Por supuesto! ¿Nos has tomado por fifies? El mate dulce es para los nenes de mamá. Nosotros, ¡amargos!

- Chichipía ceba y sirve.

- ¡Rico tu mate! - la elogia Zenón.

Chichipía ceba y medita. Va a hablar, pero Zenón la interrumpe:

- Esta con su voz de infeliz y su cara de chingolo frito nos va a servir de espía. Puede meterse en las casas... No desconfiarán de ella. ¿Qué te parece?

Tiburcio pregunta:

- ¿Qué decís vos, Chichipía?

- Yo no sirvo para ladrona. Yo no quiero ir presa.

- Ser espía no es ser ladrona.

- Yo, no...

- Me parece que te equivocaste, che Zenón - termina Tiburcio -.

Esta es más infeliz de lo que parece. Andá a la cocina - le ordena

- ¿sabés cocinar?

- Algo.

- Sobre la mesa hay un asado, ponelo en la parrilla. No lo vayas a quemar.

Ellos quedan conversando.

Chichipía vuelve. Habla:

- Zenón, vos no debías haberme dicho que iban a robar en esa casa.

- ¿Por qué?

- Porque ahora que sé eso yo voy a ser cómplice, me van a llevar presa por cómplice.

- Andá a hacer el asado - la interrumpe Tiburcio -. Después hablaremos.

Cuando ella sale, Zenón opina:

- Esta es capaz de denunciarnos.

- ¿Te das cuenta por charlatán? ¿Por qué se te ocurrió contarle?

Para ser buen ladrón hay que ser callado. No contarle nada a nadie. Ni a su sombra. Hoy daremos el golpe. A ésta la dejamos encerrada por hoy. Mañana la echamos. No nos sirve.

Chichipía comió y tomó vino. Se mareó un poco. A la noche volvió a comer y tomar vino. Tirada sobre un colchón en el suelo, tapada con diarios, se durmió satisfecha, casi alegre. Cuando despierta, aun es de noche, ve que la han atado de una pierna a una de las camas. Sospecha porqué. Ellos temen que los denuncie - seguramente - se dice. Y quiere huir. Se empeña en desatarse. Los nudos son fuertes; pero Chichipía es empeñosa. Al fin, logrando desatarse, va a abrir la puerta, está cerrada. ¿Qué hacer? Pone una silla bajo la ventana, hace mover el pasador, éste da vuelta. Chichipía salta al campo. Y comienza a andar. ¿Volverá a su casa? Sigue el curso del arroyo. Estornuda. Tose. Hace frío. Algo le corre por la espalda y algo le abraza la frente. Las piernas se le doblan. Tiene sueño, se tira debajo de un sauce. Y se ve en un jardín lleno de flores, se ve cazando mariposas, ve a la señora de la casa rica con alas de ángel, ve al mayordomo con sus botones dorados que le da monedas, muchas monedas relucientes. Ve panes, montañas de panes...

Cuando despierta no está en la orilla del arroyo, debajo de un sauce, está en una cama. Chichipía se da cuenta, está en un

hospital. Hay hombres y mujeres vestidos de blanco.

- ¿Qué te duele? - pregunta uno de esos hombres.

- La cabeza.

- Es un fuerte resfrío - explica un hombre de blanco a una mujer de blanco. Mucha fiebre, la encontraron desmayada...

Pasan días y pasan noches. Ya Chichipía es otra. No le duele la cabeza. No tiene hambre ni sed. No sueña que se halla en un jardín cazando mariposas. Se levanta. Un hombre de blanco le explica:

- Ahora vas a ir a tu casa.

- Bueno.

- Llamamos a tus padres, pero no han venido.

- No importa, yo sé ir.

Ya afuera, sigue caminando por la orilla del arroyo, corriente arriba.

Oye que la llaman:

- ¡Chichipía!

Zenón aparece detrás de un árbol.

- ¡Oh, Zenón! - exclama ella, casi jubilosamente.

- Decime, traidora - le grita el muchachote - ¿Nos fuiste a delatar, eh? ¿Sabés que Tiburcio está preso por tu culpa? ¡No pudimos dar el golpe! Yo ando fugado. Todo por vos, ¡soplona! ¡Vos te escapaste de casa y nos fuiste a delatar, cochina!

- Yo estuve en el hospital - comienza Chichipía a explicarse.

- ¡Al hospital vas a ir ahora! - ruge él, y le asienta un duro puñetazo en la frente.

Chichipía cae. Su cabeza da contra un árbol. Zenón huye.

Cuando abre los ojos, Chichipía se ve otra vez rodeada de mujeres y de hombres vestidos de blanco. Uno de éstos la habla:

- ¿Sabés quién te golpeó? ¿Quién fue?

Chichipía hace un esfuerzo, responde:

- No sé.

Cierra los ojos. Y esta vez para siempre.

SILVANA Y SU POETA

*"Si la juventud es un defecto,
se lo corrige bien pronto."*

Cosme Nuño hojea un libro. Lee trozos, sin poner demasiada atención en la lectura. Continuamente levanta la vista, sigue los movimientos de Silvana, bella y avispada chica de su edad, hija del dueño de la gran librería "Acrópolis".

Cosme Nuño se ha enamorado. Cosme Nuño, joven poeta aún inédito, frecuenta casi diariamente la librería. No es un gran comprador de libros, seguramente. Su traje está denunciando que su billetera no ha de ser tan abultada como para destinar a libros lo que le es imprescindible dejar en alguna pizzería o fondín cercanos. Pero los libros lo atraen y se conforma con hojearlos. También lo atrae el espectáculo de Silvana, joven de cabellera oscura y ojos verdes, conversadora, sonriente, amable, sutil, inquieta. Está en todo, habla de libros y aún es capaz de ilustrar a algunos clientes. Para Cosme Nuño resulta un espectáculo, y un espectáculo muy agradable. Excesivamente agradable. Cuando la ve, la sangre de sus diecisiete años se enciende. Llega un momento en que están solos en la librería. Ella frente a la caja, él se acerca con un libro en la mano. Le pregunta:

- ¿Esta es la última novela de Silvia Buzo?

- Sí, la última que escribió hasta ahora - responde Silvana -. Desgraciadamente, seguirá escribiendo otras.

El, sonriendo:

- No sos muy buena vendedora. No le hacés propaganda a tu mercadería.

- ¿Para qué mentirte? ¿Para que luego de haber leído la novela, tengas un mal concepto de mi capacidad crítica?

- ¿Acaso te interesa el concepto que yo pueda tener de vos?

- Quizás... Por tu figura, por tu melena, tus ojos, tu frente alta... tenés aspecto de intelectual. ¿Escribís?

- Sí.

- ¿A que escribís versos?

- Adivinaste. ¿Sos bruja?

- ¿Y por qué no maga en lugar de bruja?

Entra un cliente y los interrumpe. Uno de los dependientes le entrega el libro que el cliente pidió, la novela de Silvia Buzo.

Cuando se va, ella dice:

- Allí tenés otro, pescado por el anzuelo de la propaganda.

- Yo vengo mucho a esta librería - dice él.

- Lo he notado - responde ella - sos uno de nuestros mejores clientes, no por la compra, sino por tu asiduidad en visitarnos.
- ¿También has reparado en que no compro mucho?
- Más: He reparado en que no comprás nada.
- Te preguntarás entonces a qué vengo a esta librería.
- No me lo he preguntado, pero supongo que venís para estar entre libros. Es un ambiente grato a un poeta.
- Hablando de preguntas, te voy a hacer una muy importante. Y como él calla, ella lo anima:
 - ¿Estás en la librería sólo de mañana?
 - Sí, de tarde estudio. A la tarde viene mi padre, y se queda hasta la noche, a veces.
 - Entonces no voy a venir más de mañana.
 - ¿Por qué?
 - Para no verte.
 - ¿Y por qué no querés verme? ¿Soy tan antipática? Serías la primera persona que me dice eso.
 - No quiero verte, porque si sigo viéndote, me voy a enamorar.
 - ¿Y por qué no querés enamorarte de mí?
 - Porque soy un estudiante pobre y vos sos rica, sos la futura dueña de este negocio con sucursales en Montevideo, Tucumán, Córdoba, La Plata, Mendoza y Río de Janeiro; una casa editora conocida en toda América...
 - Veo que estás bien enterado.
 - Sí. Desgraciadamente, sos rica.
 - ¿Desgraciadamente para vos?
 - Sí.
 - Pues, con asociarte a esta librería, dejás de ser pobre.
 - ¿Asociarme? ¿Con qué capital?
 - Con el capital de tu amor.
 - ¿Entonces...?
 - Sí.
 - ¿Vos también?
 - Sí, siento por vos lo mismo que sentís por mí. Hace mucho que he reparado en vos y que vos, más que hojear libros, me mirás a mí. ¿Qué me decís?
 - Que voy a enloquecer de felicidad.
 - ¿Trabajás?
 - Hago traducciones para la "Editorial Rúa". Gano poco o nada. Ya sabrás, los editores...
 - ¡Son unos piratas! Dejá la "Editorial Rúa". Vení a traducirnos a nosotros. Haré que te paguen más que en "Rúa".
 - ¿Somos casi novios, entonces?

- ¡Por supuesto!
- Los novios o casi novios se besan.
- Besame.
- Los dependientes miran - dice él, un poco embobado.
- Ahora Los novios se besan delante de todos, en la calle.

El la besa.

- ¿Y tu padre? ¿Qué dirá tu padre?
- Vení hoy por la tarde y le pedís mi mano, oficialmente - silabea, burlona: o-fi-cial-men-te.
- ¿Tan pronto?
- ¿Vas a esperar a quedarte calvo? ¡Sos tan interesante con esa melena rubia que te cae sobre las orejas, toda desordenada! Vení hoy a hablar con mi papá. Yo voy a estar para ayudarte. ¿Tenés miedo? Papá es un tipo bárbaro. No tengas miedo. Es inteligente y humorista. A los humoristas no hay que tenerles miedo. Lo comprenden todo.
- Muchas veces he hablado con tu padre sobre libros. Sabe mucho.
- ¡Es muy culto! Raro en un librero, y sobretodo en un librero editor. La mayoría se ocupan de vender libros como podrían ocuparse de vender zapatos. ¿Entonces, venís luego?
- Aunque caigan rayos y centellas, hoy a las 14 me tenés aquí.
- Peinate un poco, lustrate los zapatos... hasta luego. Besame. Mirá aquella pareja de gordos que están mirándonos, se dan cuenta que vos y yo... parecen horrorizados.
- Deben ser unos envidiosos. Besame, tontín. Si no me besás, te beso yo.

- Papá - dice Silvana entrando al escritorio del padre -, aquí hay un joven, estudiante de letras, se llama Cosme Nuño que desea hablarte sobre algo interesantísimo.
- ¿Para él?
- Sí.
- ¿Algún mal poeta que quiere editar su primer libro para hacerme perder unos pesos?
- Te quiere hablar sobre algo mucho más importante que la edición de un libro.
- Hacelo pasar.

Aparece Cosme Nuño, muy peinado. Severino Pérez, el padre de Silvana, dueño y director de la importante librería y casa editorial "Acrópolis", se pone de pie, por costumbre más que por

cortesía.

Silvana los presenta:

- Mi padre... mi novio.

Severino Pérez se deja caer en su asiento, abre mucho los ojos y mira al muchacho de arriba a abajo.

- ¿Tu novio?

- Sí, papá.

- ¿Desde cuándo?

- Desde hace mucho. Hace más de dos meses que Cosme viene todas las mañanas a mirarme, no a comprar libros.

- ¿Y dos meses lo juzgás mucho?

- ¡Muchísimo!

- Y vos... ¿Lo mirabas a él?

- Desde el primer día que lo vi. Fue un 15 de mayo, a las 9 y 16 minutos. Lo anoté en mi "diario". Hoy se me declaró a las 10 y 18 minutos.

Severino está asombrado. Hay un silencio explicable. Los jóvenes aguardan. El padre habla, pregunta:

- ¿Tiene familia?

- Sí, señor. Padre y madre, cinco hermanas, mi padre es periodista...

- ¿Y usted trabaja?

- Soy traductor del inglés en la "Editorial Rúa". Además, según me dijo su hija, podría entrar aquí de traductor y ganar mejor sueldo.

Severino Pérez enciende un cigarrillo.

- Fuma - lo invita.

- No, señor. No fumo ni bebo.

- ¿Virtuoso?

- ¿Es una virtud no tener esos vicios estúpidos?

- ¿Y cual vicio no le parece estúpido?

- ¡Estar enamorado, enamoradísimo!, por ejemplo, ¡enamorado de su hija!

Vuelve a quedar en silencio, después de esta respuesta, desconcertante para Severino Pérez. Al fin, habla:

- Le voy a hacer otra pregunta. ¿Usted sabe que soy un hombre rico?

- ¡Muy rico! Lo sé. Lo sabe todo Buenos Aires.

- ¡Bien! Y viudo. Mi hija es mi única heredera. Mañana todo esto - y abarca con un ademán el amplio local de la librería - y todas las sucursales, serán de mi hija y de quien se case con ella.

- Sí, señor.

- Lo sabe. Ahora, la pregunta: ¿Y si mi hija no fuese una rica

heredera, usted se casaría con ella igualmente?

- Yo la quiero a ella por ella; pero si fuese una pobreta como yo, no intentaría casarme enseguida como ahora intento...

- ¡Ah! - lo interrumpe Severino Pérez - ¿Pero usted intenta casarse enseguida?

- Cuánto antes, papá - responde Silvana por él - Podría ser dentro de unos días. ¿A qué esperar? El amor es para los jóvenes.

- Pero ustedes son demasiado jóvenes.

- Para el amor - replica Silvana - nunca se es demasiado joven. El muchacho toma la palabra:

- Por supuesto, si fuese ella una pobreta como yo, deberíamos esperar a conseguir un departamento. Su hija me ha dicho que usted, por una feliz casualidad, tiene uno desocupado...

- ¿Quiere que le diga, francamente, lo que pienso de usted?

- Lo escucho.

- Es usted un sinvergüenza. ¿Se ofende?

- No, señor. Usted está ofuscado o sorprendido. Por eso habla así. Bien, soy un sinvergüenza, lo reconozco, porque estoy enamorado, ¡enamoradoísimo!

- Confesá que es simpático, muy simpático - interviene Silvana. Cosme prosigue:

- Si usted se niega a aceptarme como yerno...

- ¿Se suicida? - lo interrumpe el padre.

- No señor. La rapto.

- Y vos, ¿Qué decís? - pregunta el padre a Silvana.

- Que me dejaré raptar.

Severino Pérez se rasca la cabeza. Medita, y dice:

- Esto resulta más serio de lo que supuse. Esto es para mí, insólito, inaudito.

- No olvides, papá, que tenés sesenta años y nosotros diez y siete. Han corrido muchas ideas en estos cuarenta y tres años que nos llevás, querido papá.

- ¡Tal para cual! - exclama el padre.

- ¿Por qué decís eso?

- No sé cuál de los dos es más, ¿Cómo diré? Bueno, lo diré en porteño. Es más disimulado decir caradura que decir sinvergüenza.

- ¿En resumen? - comienza Silvana.

- En resumen - la interrumpe el padre - que este joven, no sólo se casa con vos, también va a entrar de traductor en mi casa...

- Hay más, papi.

- ¿Más? ¡Oh! ¡Esto ya es alarmante!

- Cosme es poeta. No ha publicado libros todavía, pero es un gran poeta.

- ¡Hum! ¿Gran poeta de diecisiete años? ¡Hum!

- Es necesario que publique su primer libro en tu editorial. Ya lo tiene terminado.

- ¿Libro de poesías?

- Si, señor.

- ¡No se vende!

- Son poesías de amor.

- ¡Menos! Hoy la gente exige libros de odio.

- Mi libro se titula...

- ¿Dolores del corazón? - pregunta el padre, irónico.

- No, señor. Se titula: "Silvana".

- ¿El nombre de mi hija?

- Son poesías que ella me ha inspirado.

- ¿No te entenece, papá?

Severino Pérez vuelve a rascarse la cabeza. Los jóvenes aguardan. Al cabo de un momento, les dice:

- Ustedes forman una pareja muy desigual. ¿Qué estatura tiene usted?

- Un metro ochenta y cinco.

- ¡Ya ve! Mi hija no le llega al codo.

Ella habla:

- Lo malo sería que yo tuviese el metro ochenta y cinco y que el fuera quien no me llegase al codo.

- ¡Hum! ¿Están enterados sus padres de que usted acaba de dar este paso, cómo lo llamaré?... resbaladizo.

- No temas, papi, aunque resbale, Cosme no se va a caer. Yo lo sostengo.

- Vos callate. Qué él responda.

- ¿Y para qué iba a enterarlos? Quien se quiere casar soy yo, no ellos. Además, ya están acostumbrados a estas cosas. Mis cinco hermanas, mayores que yo, enteraron a mis padres de sus casamientos después de casadas. La última los enteró por teléfono. Fue así: "Hola, papá, hoy no comeré en casa. Me casé y voy a comer con Federico a un restaurante. ¿Quién es Federico?, preguntó mi padre. ¡Mi marido, pues!, respondió ella".

- Modernísima su hermana. ¿Y qué dijo su padre?

- Se echó a reír a carcajadas. Mi padre, a pesar de sus cincuenta y tantos años, es también modernísimo. Mi padre es atómico.

- ¡Qué familia simpática! - exalta Silvana, y aplaude. Prosigue: Y, ¿Das tu consentimiento?

- ¿Y si no lo diera?

- Cosme, ya lo oíste, ¡me rapta!
 - Daré mi consentimiento cuando Cosme Nuño sea un escritor célebre.
 - ¿Qué es ser célebre, ser conocido? ¡Muy fácil! Vos le editás su libro de versos, le hacés una gran propaganda... A los pocos días, Don Equis o el Dr. Zeta, por quedar bien con vos, lo han nombrado, Cosme Nuño, el autor de "Silvana", el Petrarca, el Becker, el Heine, el Pushkin, el Rilke americano, ¡Y es célebre!
 - Y le dan el primer premio nacional de poesía.
 - ¡Oh! - grita Silvana. ¡Gran idea! Vos editá el libro, yo me encargo de que le den el primer premio.
 - ¿Cómo?
 - Dejá ese asunto por mi cuenta. ¡Yo le haré dar el primer premio! ¡Yo!
 - Si le aseguro el premio, ¿Editás el libro?
 - Sí, porque será negocio.
 - ¡Vamos, Cosme! Esto es cosa hecha. ¡Hoy mismo, ahora mismo me pongo en campaña! ¡Vamos!
 - Buenas tardes, señor - saluda Cosme.
 - Buenas tardes. Y otra pregunta: No le da miedo casarse con una mujer como Silvana?
 - No, señor.
 - Tiene usted pasta de héroe.
 - Estoy enamorado, señor. Todo enamorado es un héroe.
 - Mientras le dura el amor. Hay otro inconveniente: la edad, tener la misma edad.
 - Yo soy tres días mayor que ella.
 - No piensa que cuando ya tenga cincuenta años, ella también tendrá cincuenta años... Y que pasarán ante su vista muchachas menores de veinte.
 - No lo he pensado. En este momento me es imposible pensar en nada.
 - El amor es actualidad - interviene ella - lo que vendrá es nuestro. Vamos, Cosme, a conseguirte el premio.
 - ¡Vayan, vayan!
- Y Severino Pérez los mira alejarse.

En el bar de la esquina, frente a dos tazas de café, Silvana planea, optimista:

- Podés contar con el premio.
- ¿Seguro?

- ¡Segurísimo! Escuchá: "El mundo es gobernado por el interés personal"

- ¿Y ese pensamiento?

- Es de Schiller. Seguí escuchando, chiquilín: los jurados son cinco, tres de ellos tienen libros a editar en la "Editorial Acrópolis". Si yo les pido... ¿Se negarán? Oí: Uno es Angel Spotto, un tipo que ha cambiado de ideas más que de camisas; otro Lino Erramayo. Un seco, gramatiquista que ya publicó tres libros con papá, el otro es un don nadie, se llama Antonio Sierra Redono, lo nombró la Municipalidad. Este anda de editorial en editorial ofreciendo una novela que todos rechazan. Para que se la editen, votaría un libro en blanco. A los tres les hablaré. Los tres van a decirme: Sí.

- ¿Siempre segura?

- Tienen interés personal en complacerme.

- ¿Y los otros dos?

- No hace falta hablarlos. Uno es un ogro. Se llama Alvaro Yunque. No lo he visto nunca. Al otro, Alcázar Castrucho, tampoco lo he visto; pero sus antecedentes me dicen que será materia fácil de amasar. Tierra húmeda.

- ¿Barro?

- Con el voto de los tres primeros basta. Hay mayoría. ¡Gran invento la democracia!

- ¿Quién te ha enseñado política?

- Nací sabiéndola. La librería "Acrópolis" la fundó mi bisabuelo, la heredó mi abuelo, después mi padre. Siempre prosperando. Vengo de una familia de buenos mercaderes. Comerciantes, diplomáticos, políticos son la misma cosa.

- ¡Te admiro!

- Pedí otro café. Mientras, yo voy a hablar por teléfono con el sinvergüenza de Angel Spotto.

Y se levanta. Cosme la mira alejarse, decidida, casi aérea. No tarda en volver.

- ¿Qué dijo?

- ¡Ya está! Encantado. La cosa es muy fácil. Sin ver el libro, lo votará: al votarlo, se asegura la edición de los suyos. ¿Qué me decís?

- Me estoy cayendo de la luna.

- Aterrizá despacio. No se te vaya a aplastar la nariz. Y si quedás ñato no te quiero. Ahora voy a pedir hora para entrevistar a los otros dos pichones.

Y vuelve a alejarse rumbo al teléfono. Cosme, siempre admirativo, la contempla. Ella retorna.

- Hoy a las 20 me espera Erremayo y mañana a las 14 Sierra Redondo. Los dos muy galantes. Me presentaré como la asesora de la "Editorial Acrópolis". Se derretirán en amabilidad.

Aceptarán.

- ¿Y si uno de ellos falla a último momento?

- ¿Crees que un literato se va a exponer a quedar sin editor seguro? ¡No los conocés! Y una editorial como "Acrópolis", que llena los diarios y revistas de propaganda. "El público compra propaganda", dijo no recuerdo quién. El público es un gigante con muchas cabezas, con muchas cabezas vacías.

- ¡Cuánto sabés de la vida, Silvana!

- Descendiente de mercaderes, o sea de políticos, de diplomáticos.

- ¡Te admiro!

- Prefiero que me quieras.

- ¡Te adoro!

ODIO

"El odio es la consecuencia del miedo, tememos las cosas antes de odiarlas. Un niño que teme a los ruidos llega a ser un hombre que odia al ruido."

CYRIL CONNELLY

- Cabo, haga pasar a esa muchacha - ordena el oficial, y enciende un cigarrillo.

El oficial de policía es un joven gordo y flácido, cutis cetrino, encapotados ojos, ademanes lentos. Parece que recién se levantara de dormir la siesta. Fuma con placer, arrojando el humo por nariz y boca; fuma contemplando los helicoides del humo, ajeno a lo que hace, como si pensara; pero no piensa. Aparece el cabo que acompaña a una muchacha morocha, menuda, de ojos vivísimos, nerviosa.

- Puede retirarse, cabo.

En un rincón, hundido en un sofá, está un niño pequeño, flaco, sucio, más semejante a un mono que a un humano. Mal vestido. Un pie descalzo, en el otro una alpargata rotosa. La muchacha lo ve y le dice:

- ¿Ya te dejaste agarrar otra vez? Lo insulta: ¡Imbécil! ¡Idiota!
¡Turro!

- ¡Basta! - se impone el oficial, y pregunta:

- ¿Es tu hermano?

- Sí.

- Se dice "sí, señor" - corrige el oficial.

- Sí, señor - corrige la muchacha.

- ¿Cómo te llamás?

- Atanasia del Carmen Figuerola Santos.

- Parecés una millonaria con tanto nombre. No te falta más que casarte con uno que se llame Alzaga Alvear, para llamarte Atanasia del Carmen Figuerola Santos de Alzaga Alvear. ¿Suena bien, no te parece? Esos apellidos y unos millones...

La muchacha advierte el tono burlón y lo interrumpe:

- ¿Para qué me llamaron a la comisaría?

- Te llamamos por eso - y señala al pequeño -. Lo trajeron por andar pidiendo limosna. ¿Sabés que está prohibido pedir limosna?

- Sí.

- Sí, señor.

- Sí, señor.

- ¿Es tu hermano?

- ¿No le ve la cara de mono, fea, igual que la mía? Parecemos dos gotas de agua, sólo que él es una gota de agua sucia. Yo, por lo menos, me lavo todos los días.

El oficial sonríe.

- Charla tenés, ¿Eh? No sos muda.

- Es lo único que tengo. Salgo a mi madre.

- ¿Tu edad?

- Quince años.

- ¿Dónde viven ustedes?

- Usted ya lo sabe. ¿No me mandaron buscar? Vivo en la villa miseria que está allí, a la vuelta.

- No se dice villa miseria, se dice...

- Sí, ya lo se; barrio de emergencia. ¡Bah! Es inútil que lo llamen así, son los mismos ranchos de latas y de cartón entre el barro, con poca agua y sin luz eléctrica. ¡Barrio de emergencia! Eso de "emergencia" me explicó lo que significaba uno que vivía en el rancho al lado del nuestro y al que se lo llevó la poli una noche. Parece que era pistolero. Quiere decir que es un barrio para ir pasando un tiempo. Sí, el tiempo pasa y nosotros sin movernos. Ya hace años que vivimos en ese barrio de emergencia. Allí vamos a morir, seguramente.

- ¡Silencio! - ordena el oficial - Hablás demasiado. ¿Tenés padres?
- Padre, sí; mi madre murió hace seis meses.
- ¿De qué trabaja tu padre?
- De paralítico.
- ¿Qué es eso?
- Le dio un ataque de tanto empinar la botella y quedó así. No puede caminar. Mi madre tuvo más suerte. Se murió al primer ataque.
- ¿También bebía tu madre?
- ¡También! ¿Qué iba a hacer la pobre? - Calla.
- Seguí respondiendo.
- Su diversión era comer y beber. Llegó a pesar ciento siete kilos.
- ¿Trabajó alguna vez tu padre?
- Sí. Era peón de albañil. Mi madre también trabajó. Iba de mucama por horas. Yo cocinaba cuando ella salía.
- ¿Sabés cocinar?
- Desde los siete años cocino. Por eso dejé de ir al colegio.
- ¿Y ahora trabajás?
- A veces. Voy de muchacha por horas.
- A veces, ¿Por qué?
- Porque voy cuando no hay dinero; cuando cobro, no voy hasta que se termina. ¿Acaso me voy a hacer rica con lo que gano? ¡Dos pesos la hora! A veces, uno va al mercado con dos pesos y compra una papa. ¡Está tan caro todo!
- Ese - señala al chico - ¿va al colegio?
- A veces. Va cuando tiene zapatos. Ya ve, ahora ha perdido una alpargata. Es medio tarado el pobre. Ahí lo tiene: flaco, feo, enfermucha. Me parece que está tuberculoso. Siempre tosiendo. En el barrio le dicen Lombriz". Está bien puesto el sobrenombre. Parece una lombriz. Sería mejor si cualquier día se lo llevara por delante un automóvil y lo aplastara como a una lombriz. Reíte, Calixto - se dirige al hermano -. Este ríe mostrando los dientes. ¿No ve? Ni cuando se ríe es simpático. Se pasa la vida así, sentado en un rincón. No juega, no habla. ¿Para qué vive? ¿Para qué vivimos todos? ¡Si yo fuese linda! Pero ya ve, soy fea. "La Mona" me dicen en la villa.
- Y si fueses linda, ¿Qué?
- En el barrio vivió la Alicia Giraldi, una rubia un poco mayor que yo. ¡Qué linda! ¡Preciosa! La viese hoy: baila en un canal de televisión, anda con un lujo que parece una Anchorena... Yo, en cambio, ¿Qué puedo esperar? ¿Casarme con un pobrete como mi

padre? ¿Tener hijos para que salgan lombrices, feos como mi hermano? ¿Quiere que le diga una cosa? Lo he pensado muchas veces. Le estoy tomando miedo a la vida. Y...y... ¡La odio a la vida! De buena gana me haría pistolera; pero hasta para ser pistolera hay que ser linda, tener pinta, vestir bien para engañar a la gente... ¡Qué se yo! Bueno, ¿qué se hace con este chico?

- No puede seguir pidiendo limosna.

- Siquiera con lo que él saca alcanza para la botella y los cigarrillos de mi padre -¿Quiere privarlo de estas cosas al pobre viejo? ¿Qué le va a quedar al infeliz? Soy capaz de comprar veneno para las ratas, que hay bastantes en el "Barrio de Emergencia" - y lo subraya, irónica - y dárselo, así deja de sufrir de una vez por todas.

- Para las ratas tengan gatos.

- ¡Gatos! ¿Gatos dice usted? ¡Cómo vamos a tener gatos! ¡Con lo que cuesta darles de comer! - Además... - Vuelve a quedar callada.

- ¿Además?

- Además la gente se los comería. No sé como no se comen a los chicos.

- Bien, si tu hermano vuelve a pedir limosna lo mandaremos a un asilo o a un reformatorio.

- ¡Señor! ¿Y quién queda con mi padre paralítico los días que yo salgo a trabajar?

El oficial no responde.

Aparece el comisario que estuvo oyendo. Es un hombre canoso, de aspecto fatigado. Seguramente ya ha visto muchas cosas, muchas cosas terribles. Comprende, y dice:

- Vamos a hacer esto: que tu hermano pida; pero no en el balneario, allí molesta a la gente. Lo trajimos porque un señor se quejó de que es un espectáculo triste ver a ese chico roto, mendigando.

- Si, claro. Les quita el apetito a los señores de auto y barrigudos.

- Seguramente - aprueba el comisario, y sonrío - Que vaya a pedir del otro lado de la Avenida Maipú, pero en el balneario, no.

- Señor Comisario - exclama ella - ¿A quién le va a pedir por allá? Si los que viven por allá son todos pobres. De ese lado siquiera algunos veraneantes se compadecen al verlo así flaco, sucio, hecho una mona sin cola, y le dan una moneda. ¿Se da cuenta?

El comisario explica:

- El que vino a quejarse es un juez. Si lo ve de nuevo en el balneario nos compromete. Nos obligará a que lo internemos en un asilo. Llévalo, pero ya sabés, que pida del otro lado de la Avenida Maipú... ¿Qué decís?

- Por un tiempo. ¿Después?... ¿Para qué mentirle? No le aseguro... Eh, Calixto, ¡Vamos! Le agradezco la gauchada, comisario. Buenos días.

Reflexiona el comisario:

- ¿Qué irá a ser de esta muchacha? Es vivaz.

Y el oficial, perezosamente, fatalista:

- ¿Qué va a ser? ¡Ladrona o prostituta!...

DEUDAS

"La imaginación infantil es una de las formas que adopta la felicidad"

LA MURE

Este cuento, al igual que otros que he narrado, es real. La vida, con su inagotable imaginación de narradora de hechos, dio el tema. Me lo contó Juan Donato, mi amigo, mi muy querido amigo Juan Donato, hombre generoso, apasionado, entusiasta, ardiente y brillante dilapidador de juventud. Y también de sus condiciones de poeta.

Sé que abusé de los adjetivos. Cosa no frecuente en mí; pero los dejo correr en gracia al recuerdo del buen amigo. Juan Donato ya ha muerto, joven todavía, fue un amado de los dioses, según el griego. Para darme el gusto de evocarlo antes de narrar lo que él me narró a mí, voy a contar algo risueño que ocurriera entre él y yo hace mucho. El tenía 19 años y yo 29. También relativo a deudas, lo mismo que su relato. Juan Donato comenzaba a escribir versos. Una circunstancia lo relacionó conmigo. Me visitaba frecuentemente. Charlábamos de literatura y de sociología. Yo le prestaba libros que me devolvía y, a veces, dinero, que no me devolvía. Tenía un empleo mísero y vivía sólo en una casa de pensión, pues se había largado desde su Tucumán nativo a conquistar la gloria en Buenos Aires, en la olvidadiza y a veces ingrata Buenos Aires.

En cierta ocasión, visitándome, comenzó a recordar la deuda -

no sé si 20 pesos... ¡de entonces! (1918). Lo interrumpí: ¡No me hables de eso, che! No me debés nada. Cerramos la cuenta. Calló, hablamos de otras cosas. Ya cuando se iba a ir, me dijo: ¿Hemos cerrado la cuenta? Sí, le respondí. ¿Vamos, entonces, a abrirla de nuevo? ¿Me prestás diez pesos? Tuve que reír a carcajadas.

En otra ocasión discutimos acerca del acto de un anarquista que puso una bomba en un negocio y mató a una mujer. Disentimos. Juan Donato, por su vehemencia y natural desorden, era un anarquista sin atenuante. Yo intenté que entendiera lo inútil y perjudicial de esos actos.

Se arrebató- quizás, o sin quizás - porque tenía alguna copa de más en el cuerpo. Gritó y se fue, asegurando que no volvería más, no quería verme más. Promesa inútil. A los pocos días me llamó por teléfono. Habló sin tutearme: "Necesito verlo. ¿Puedo ir a su casa?" Vení - le respondí, tuteándolo, como si no hubiese ocurrido nada - Vení ya mismo, te espero.

Apareció cejijunto. Y habló: Vengo a verlo como deudor, no como amigo. Muy bien. ¿Qué deseas? - le dije. Y él: Vengo a decirle que no le puedo pagar lo que le debo. Muy bien - dije yo - no me pagués. No te reclamo nada, pero ya que viniste, quedate como amigo. Y como amigos, grandes amigos, continuamos nuestra relación hasta su muerte, años más tarde.

Para concluir la pintura de aquel amigo, dos anécdotas: Era bibliotecario en la Universidad de Tucumán. Explotó el motín militar de 1943 y hubo de huir a las sierras a una estancia que le ofreció un amigo, como refugio. Allí vio la miseria en que vivían los peones. No pocas veces hizo carnear ovejas y les dio de comer. Pasada la crisis, el amigo le reprochó el "abuso de confianza", según dijo: Juan Donato cargó con la deuda y una vez en Buenos Aires, ya empleado, pagó mes a mes cuánto debía.

Enfermo para morir, y habiéndose jubilado como jefe de taller en una importante empresa, necesitó quién le diera sangre para ser operado. Ciento quince obreros del taller se disputaron el gozo de dársela. Era lo único que le podían dar, y se lo daban.

Ya evocado el recuerdo de aquel amigo, inolvidable; vamos a su cuento, a lo que a él le ocurrió en la infancia. Lo veo aún, frente a la mesa de un café de la calle Entre Ríos, una noche de verano. El con su habitual vaso de vino, yo con mi habitual naranjada.

Lo haré narrar a él. Dijo:

- Ya que hablamos de deudas y deudores, te diré que yo soy mal

pagador, pero también soy un acreedor sin memoria. Olvido lo que me prestan y lo que presto. Hay una deuda que no olvidaré nunca. Y es una deuda que pagué.

Tenía yo no más de diez años. En el camino de casa al colegio, veía siempre a un viejo vendedor de empanadas. No pocas veces las miré codicioso. Por gula simplemente, no por hambre. Al fin, le confesé a mi madre mi deseo de probar esas empanadas que se llevaban los elogios de algunos compañeros. Mi madre me dio los 10 centavos que valía cada una. Comí la primera empanada y resolví continuar comiéndolas todos los días. ¡Riquísimas! Mi madre continuó dándome los diez centavos que valía la empanada.

Pasó un mes, otro mes... Una mañana, al salir para el colegio, mi madre me dice: No tengo monedas. Sólo un papel de diez pesos. Hoy no comés la empanada. La noticia me pareció catastrófica, aunque encontré la solución: le pediría fiado al vendedor de empanadas.

-¿Me fia? Hoy no traje los diez.

- Sí, me respondió.

Pero al día siguiente me encontré con este dilema: o pagaba y me quedaba sin comer o le compraba a otro vendedor que también vendía empanadas a la vuelta del colegio. Opté por esto último. Pasé por otra calle, comprando al otro, no a mi acreedor. Transcurrieron quince días. Un compañero de clase me informó:

- ¿Te acordás de aquel vendedor de empanadas de la calle Alberdi?

- Sí.

- No lo veo más. Hace días que no está allí, con su canasto. Al día siguiente pasé por la calle Alberdi. El viejo no estaba. Seguí pasando. Una mañana vi en su lugar el canasto, las empanadas, y una vieja delante. Me acerqué:

- ¿Usted vende ahora? Y el señor...

- ¿Mi marido? Murió. Le compré a la vieja. Le seguí comprando.

Pero algo me roía por dentro. Yo debía una empanada a un muerto. ¿Por qué no se la pagaba a la viuda?

Resolví pagársela. Llegué ante su canasto dispuesto a decirle:

- Tome estos diez. Yo se los debía a su marido, se los pago a usted.

Pero a la vista de las doradas empanadas calientes, el deseo me dominó. El estómago, algo real y exigente, se impuso a la irreal conciencia.

Compré una empanada, la comí, pero no me pareció tan rica. Me pareció que tenía, no se qué, algo...

A la mañana siguiente, otra vez dispuesto a pagar y otra vez hallándole a la empanada algo que antes no tenían las empanadas del viejo.

Me dije:

- Ya que las empanadas se han puesto feas, pagaré la que debo.

Y pagué:

- Tome, señora. Yo le debía a su marido una empanada. Se la pago.

-Gracias. ¿Hoy no compra?

-Hoy, no. Mañana le compraré.

Y ese día me quedé sin comer la empanada.

Al día siguiente la compré. Mordí, gusté y me dije:

- ¡Qué raro! Las empanadas han vuelto a ser ricas, como las de antes.

FIN